PROMETEO

REVISTA SOCIAL Y LITERARIA
DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

AÑO II. | Madrid, Abril de 1909. | NÚM. VI.

El concepto de la nueva literatura.

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

SEÑORAS y señores:

Buenas noches.

No comprendo las causas ocasionales pero ellas me orientan. Obedeciéndolas voy á leer esta noche unas cuartillas hechas sin un objeto más allá de sus plumadas en horas decisivas.

Fuí elegido secretario de la sección de literatura gracias al apoyo de unos buenos amigos á los que agradezco la deferencia. Entonces adquise el compromiso de leer un trabajo. Tenía que justificar mi promoción.

Esta es la causa ocasional de esta velada. Su nexo es cosa aparte. Hechas estas cuartillas confidencialmente, en la creencia con que lo escribo todo, de que eran en si mismas principio y fin, hoy me desconcierto un poco al leérselas al público por lo visto, una entidad que no comprendo aunque me he dirigido á ella muchas veces. Nunca he podido tener una idea aproximada de lo trascendental. Por eso de no haber estado de luto hubiera aparecido en la tribuna contraviniendo la liturgia de los actos solemnes, con traje claro, corbata hidrófoba, y guantes de color, así como hoy no ha

© Biblioteca Nacional de España

dejado de acompañarme mi incalificable sombrero cuotidiano.

En el trabajo que voy á leer he tratado de deducir el concepto de la nueva literatura. Sin embargo, está forjado más en vista de lo inédito que de lo hecho hasta hoy, de un inédito que se trasluce ya en la vida, donde—diré con toda fiereza—todo es inédito aún, conmovedora é inefablemente inédito.

Me he desapercibido en este estudio de ciertos nombres eminentes. He preferido esa claudicación, á no ver desviarse la cuestión lamentablemente. Además es un caso didactivo que no he olvidado el de Nacubodonosor quemando á los hermanos Nello porque no quisieron prosternarse ni adorar su busto.

Pero preveo que aun siendo mi iconoclastismo, un iconoclastismo de concepto, alguien reclamará en nombre de los prohombres muertos.

Desde luego afirmo que no es de nadie su representación y menos de los que la acogen. Toda cuestión es de individuo á individuo, de desnudez á desnudez. Sólo la conservaduría analfabeta de ciertas gentes, se ha creído con el derecho á hablar de los hombres históricos, oponiendo á las insurrecciones, como única razón, la razón de sus nombres.

No obstante á todos, tanto á estos fracasados que se guarecen en su representación de los hombres eminentes, como á los otros, les reto á una discusión congestionada. Podrá ser muy dura porque yo voy á ser parcial. La imparcialidad es un principio de inercia, que carece de significado. La imparcialidad sólo puede ser el primer momento de un criterio, decidido á formar la parcialidad.

Y entro en materia.

Ya nada es lo que es por definición, maligno deseo de los escolásticos.

© Biblioteca Nacional de España

El término general no era más que una cosa inconsistente, á la que ha sustituído un atomismo, hospedaje y envase de la sensatez.

No obstante, los preceptivistas siguen creyendo en la literatura por definición. Todos tienen su fórmula lapidaria. Error. Nosotros creemos con Lebesque «que el arte reducido á fórmulas se niega él mismo». Además somos incapaces—quizás por sobra de capacidad—de hacer una de esas abstracciones redondeadas y concluyentes que son una detención. Somos trasformistas literariamente hablando.

El concepto de la nueva literatura no obedece al simplicismo de las preceptivas: es algo mucho más complicado, que entrelaza otros muchos conceptos.

La condición de la literatura es excepcionalmente conjuntiva. La actualidad, necesitando hacer una síntesis y un hogar, se ha acogido á ella.

El concepto histórico de la literatura tenía que decaer. Las cosas vitalísimas renuncian á la reducción de los prejuicios con toda insolencia. Todo adquiere un valor actual sobre el etimológico al desprenderse de todo atavismo.

Asi la nueva literatura se ha apropiado una significación de que estaban desposeídas todas las otras. Auna elementos que ninguna otra ha llegado á coleccionar. Se ha acrecido por correlación. No voy á tratar de justificarla. No lo necesita. Es y eso basta, eso la justifica. Stirner ha dicho: «Tu fuerza, tu poderío es lo que te concede un derecho. Esa misma fuerza y ese poderío son los que conceden todo derecho».

La primera influencia de la literatura es la vida, esta vida de hoy desvelada, corita, contundente como nunca, bajo una inaudita invasión de luz. De esta cópula hecha con un primitivismo que ha necesitado de muchos siglos para libertarse, y para ser genuinamente primitivo, proviene su incremento.

© Biblioteca Nacional de España

Se necesitaba un modo de expresión genérico, sin dañar por las sistematizaciones y que pudiera acumular las inquietudes supremas de la vida.

La filosofía estaba tocada de escolasticismo, universitarismo, especialismo y tantos otros ismos. Entonces se ha recurrido á la literatura.

De aquí que al estudiarla haya que estudiar el intervencionismo de la vida.

La vida hace ya algunos años, la vida imaginable por un temperamento lo menos popular posible, ha llegado á ese grado de serenidad que cauteriza las últimas enfermedades. Como ha pasado por todos los ciclos religiosos, y ultimamente por el ciclo moralista y ridículo de Comte, de todos esos daños, ha procedido á lo menos su entereza actual que se ha vacunado en el dolor de sus epidemias, del dolor de verlas reaparecer. La mirada libre de fascinaciones, dragada, ha visto por primera vez—por primera vez.

Tan sociable, tan fácil á dejarse asimilar, se hicieron la luz, el paisaje, las cosas y el tiempo, que nunca como ahora, han podido ser dominados tan expeditamente.

Hugo hizo creer al mundo, que él era el dominador, pero su exaltación fué una fanfarronería. No tenía espíritu de dominador, no creía en el hombre. Era un galileo. Era aún un invertido, del que dice mucho aquello que exclamó ante Napoleón:

«El porvenir pertenece á Dios».

Se equivocó.

Comienza á pertenecer á los hombres.

En principio les pertenece.

Tantas cosas han confortado á la vida, tanta propaganda laica, tanta asepsia, tanto ruido de tantas cosas, que el hombre ha inducido más allá de los tópicos, de los formularios y de los tapiales, una verdad nueva y una gran sorpresa.

© Biblioteca Nacional de España

La irrupción en la vida de Emerson, Stirner, Nietzsche, Gorki, Haeckel, hace muy poco, ha sido decisiva.

Hoy no se puede escribir una página ignorando á *Nietzsche*. Esta es cuestión capital de ignorarlo ó no ignorarlo todo.

Al decir *Nietzsche*, digo todo lo otro y lo esotro. Acojo ese nombre como un símbolo. Su influencia filosófica, audaz, heróica, descarada, no es de él, es del periodo porque pasamos, sobrecargado de iniciativas, olvidado de sus libros, que son el resultado de su vorágine. Respondemos más de lo que suele creerse, de la modalidad progresiva de nuestro tiempo.

No es Nietzsche el que ha creado este panteismo tan equilibrado, tan sereno, tan lujoso de motivos, que ha hecho á la naturaleza afin nuestra; es nuestra vejez expertísima de miles de años. Es que todo es inteligentísimo en las cosas, hasta el detalle, y basta lo que suscitan para enormizarnos. Nietzsche no nos ha regalado nada suyo. Ha sido nuestro agente de negocios, nos ha hecho entrar en posesión de nosotros mismos. Injustos los sugestionadores le han llamado sugestionador, queriendo invertir el uso de la palabra que les empadrona, por conveniencia propia. No le conocen. Nadie ha exclamado con una lealtad tan demagógica: «Os ordeno que me perdais».

Todos los críticos en cuanto ven una obra de fuego, hablan de Nietzscheanismo. Gustavo Kan en la «Plume» se le ocurrio hace años señalar influencias nietzscheanas—ya era un tópico en la crítica esa gran suspicacia—en Barrés, pero Barrés le contestó de un modo tan concluyente, cuestionando con fechas, poniendo tan á distancia su primir libro sobre el yo, y la primera noticia francesa de Nietzsche, que Kan rectificó sin salvedades.

La nueva literatura no puede hacer la alegación de Barrés, pero si la de que es tan personal como la de

© Biblioteca Nacional de España

Barrés. El que reduce una catarata no da la vista ni pone un ardite en la visión del paciente.

El filosofismo de último de siglo pasado, y sobre todo más que nada el de principios de este, ha enseñado á explorar, genéricamente, sin prejuzgar en un punto la exploración á que cada uno personalmente se lance. Adoctrina en principio, pero no grava las conclusiones. Termina su cometido donde comienza la primera premisa.

Pone en libertad, y desde ese momento abandona.

La juventud es lo que dice que es él, Per Gym, el héroe de Ibsen, esa creación de un carácter membrudo y señor: «soy un autodidáctico». En verdad que se acabaron los maestros Capitolinos. Y si hay maestros —entendedme—son para ella algo accidental, dependiente, alumno, que ayuda á crear al profesor.

Esta influencia filosófica y peregrina se debe á que la filosofía se ha hecho literaria, es decir, se ha mundanizado, mientras la literatura se iniciaba en filosofía. Justa trasformación ya que el mismo arte según *Taine* es para el autor un pretexto para hacer filosofía.

De este entroncamiento, ha surgido esta literatura sin ningún parecido con la de ayer. A la manera con que la definió Racine, desde el trípode metafísico «el arte sutil de hacer alguna cosa de nada» ha opuesto *Boschot*, ya en nuestra mañana, la opinión incontinente de que tiene por objeto el conocimiento del hombre.

Todo la ayuda.

La consciencia desprendida de las ciudades, la lección significativa de una calle moderna, considerables años de prensa diaria, la máquina, todo ha sido una lección de imperialismo y de valor humano que ha acrecentado la voluntad de poder.

Zola, no escuchó á Nietzsche. Nacido en plena colisión de dos ideologías contrarias, su literatura fué un alarde de riesgos, de barbaries, de temeridades que hay

© Biblioteca Nacional de España

que tener en cuenta por que así comenzó á salvar la vida de su menoscabo. Llena de exageraciones, nos explicamos su desproporción, por como broto entre violencias, arbitrariedades y una fuerte reacción sin la que se campea ya hoy. Con decir que entonces hasta al buen Rousseau se le procesó, siendo en el fondo un buen cura de aldea.

La nueva litera corregida de esta intemperancia, aparece con un criterio sincrético y sereno completamente inédito. Recoge toda clase de influencias y así magnifica y renueva su antiguo significado.

Paul Adam, dando idea de cual es su prurito, ha dicho: «Nos consagramos á una literatura *ideista* así como nuestros predecesores á una literatura esencialmente sentimental.»

Tiene un criterio inmune que entroniza la intuición. Es la unificación de todos los procedimientos y de todas las ideologias.

Es más verdadera—ha dicho Amiel—que la ciencia porque es sintética y percibe desde un principio lo que la combinación de todas las ciencias podría una vez, á lo sumo, alcanzar como resultado.

Taine ha dicho «que en vez de definir las ideas las engendra».

En la creación del concepto de la nueva literatura ha intervenido como en toda diapositiva el *clisé* negativo.

Ante cierta literatura de antaño, y aun de hoy, ha adquirido el odio á la frase hecha, á el topico, á lo manido, á todo lo que en ellas ha debido caducar.

Así la sabiduría de la nueva literatura—porque es todavía literatura un poco de transicción—consiste principal y ventajosamente en saber «lo que no ha de hacer», consciencia creada por todas las ramplonerías de casi todos los libros. De sus lecturas ha sacado una gran aprehensión por muchas, muchísimas cosas.

Aquella literatura—como esta de los anacrónicos—

© Biblioteca Nacional de España

es de una severidad técnica insolita. capitulada, de un simplicismo sin recámara, hecha según principios y trabajada desde fuera resulta una literatura de presbitas: inerte, yacente, atosigadora por falta de humanidad, pero más que nada por falta de mundanidad.

En sus páginas cenceñas, enjutas, sin traspiración, primitivas, espesas, sobrecargadas de peso muerto, llenas de una prosa menuda, sin ventilación, sin gracilidad, sin luz, oliente á habitación cerrada, y á la humedad de los claustros, no se puede respirar, son sofocantes porque tienen el enrarecimiento de los esquemas, de las abstracciones y de los términos generales.

Pero lo más deplorable de esta literatura, lo que más insurrecciona contra ella, es que carece de inquietud. Es impasible. Impasible. Es sólo un pasatiempo —¿y no es algo suicida pasar tiempo por pasarle con ese descuido?—un pasatiempo para gentes que no han latido según ritmos superiores—Rodin, Meunier, Zouluaga, Carrere, Behetowen, Wal Wittan—el inconmensurable Wilde, Mallarme, Anatole etc., etc.

Nosotros concebimos el minuto de una manera apoteótica y formidable.

Por eso es poco para nosotros lograrle entretener. Necesitamos algo más que discrección, mucho más: indiscrección.

Todo en ellos es demasiado dialéctico. Carece de ese influjo y ese imperativo carnal con que llega á nosotros la nueva literatura. Todo en ellos está galvanizado, todo es teatral y fatuo. Creado con una dureza de convicción infame, han hecho imperturbables las líneas, han hecho una mentira literaria, fanática, sin benignidad, llena de moralejas.

Es una literatura sin ideas—¿Comprendéis?—Leyéndola se sufre la trepanación. Es todo en ella descripcionista, visual; en parte por defecto del estilo que en ella

© Biblioteca Nacional de España

todavía es gramatical, paralítico. No lo ha asimilado á la manera con que los nuevos lo han hecho glóbulos rojos, sémen, retina, dernis, y epidermis, etc., etc.

No hay en esa literatura ni un apasionamiento, ni una blasfemia, ni un equívoco, ni una impertinencia, ni un desmán. No hay en ella un ESTADO DE CUERPO. Toda ella está hecha con un reposo, ético, lógico, canónico, insoportable. Como que desaparece el autor.

Así los hombres de esas obras están vistos sin mirarles. ¿Es que esto es posible? ¿Es que los hombres en quienes nos fijamos pueden dársenos, sin ser concepto íntimo, opílogo, *saber* ó comentario?

No.

La renunciación que se trasparenta en esas creaciones, es nociva, agresora, y exalta guerreramente como la idea de una operación quirúrjica. Sentimos como si nos disgregaran. A tan lejanas y tan trascendentes cosas pertenece el espíritu de esas obras. Nos descentran. Sentimos como si nos exprimieran y vinieran á hurtarnos cosas muy de dentro las cosas muy de fuera.

Lo mismo que con los seres y las cosas sucede con el paisaje. El paisaje de ojos para fuera no existe. Es la cosa más subjetiva. Figurémonos un paisaje en un espejo, sin unos ojos que lo observen y un estado de ánimo que lo particularice. No existe. Sencillamente no existe. No puede existir. Es inconcebible de no estar refractado por la sensibilidad según sus características y su acuerdo de momento. Y sin embargo seres absurdos nos lo han dado en esa forma impersonal,

Todo fuera de nuestra consideración personal, es lo invisible, lo intrascendente, lo sibilesco sin secreto, lo abstruso sin escabrosidades, lo que no está ni más allá ni más acá del pensamiento, lo impersonal, lo impensable.

Ir por la significación intelectual de la vida á la vida misma es un error.

© Biblioteca Nacional de España

Por ese camino sólo se llega á designificarla. Buscarla en nosotros es acertar con la única pista.

La única verdad que ha dicho Scherer, el parafraseador de la biblia ha sido esta: «La verdad no está sobre la tierra, la verdad *se hace*». Claro que él dijo esta frase con la malísima intención de hacer una verdad neo-cristiana.

En literatura según su nuevo concepto hay que dar por incidencia muchas otras sensaciones completemente exóticas en ese respective. No basta el sistema de la inspiración á flor de piel.

Toda obra ha de ser principalmente biográfica y si no lo es, resulta una cosa teratológica. Las que están hechas en otro concepto, resultan intempestivas, voraces con la voracidad de lo que os descarna espiritualmente para corporizar cosas extrañas.

Los hombres sin que yo me explique como—por lo gradualmente que se han ido haciendo así—sin que yo me explique como, repito, ni con qué artificios, han inventado medios para hablar fuera de si mismos, para desparramarse y cuando no son ni pueden ser más que un término han hecho de si mismos dos. Raro ha sido el juego pero no por muy raro deja de ser cierto. Los hombres parapetados fuera de sí, han creado esa literatura sin movilidad, sin formato, que amarga leer.

Pero hoy, después de haber hecho supremo el concepto del hombre, haciendo de este modo rotundamente afirmativa la afirmación de vivir, se ha fomentado el ahorro. En verdad hay que no dilapidar, hay necesidad de reservarse, so pena de dispersión y de esterilizamiento. Un esterilizamiento macabro ya que *carece* de una eternidad en que resarcirse. Eso es lo agostador de esa literatura que pasó, que es una literatura de descoyuntamientos y desarraigaciones.

La labor de la nueva literatura por esto, ha de ser la de irnos reconstruyendo, robando á las cosas, descol-

© Biblioteca Nacional de España

gando de ellas el pedazo de concepto nuestro que las añadieron los otros. Nada se puede considerar objetivamente y toda la literatura de los otros es objetiva. Toda ella ha sido una distracción. No ha hecho más que extranjerizar el espíritu. Pero acabó su mala acción sobre la vida. (Tenemos derecho al absoluto de este «acabó» puesto que acabó para nosotros.)

Nos hemos dado cuenta de que el atenderse ó no atenderse, el corroborarse ó no corroborarse, es una fulminante y desesperada—fulminante y desesperada—cuestión de ser ó no ser.

—Mientes como un epitafio,—dice en cierta ocasión un personaje de Gautier.

Y es verdad. No pueden mentir más los epitafios de los literatos influyentes en la otra literatura.

Pero yo no he venido esta noche á corregir los epitafios. Desde luego he venido á algo más que á presentar la parte negativa de un concepto.

Hay muchas cosas más importantes.

Una de ella es el estilo.

Frente al estilo achacoso, enrejado, carcelario, abrumado de sombra que nos legaron los otros, frente á su prosa de estameña, inóspita, opaca, exhibe la nueva un estilo sin carencia alguna, que no se define gramatical y y nemotécnicamente como el otro estilo, sino que pierde su personalidad aparte, de *estilo*, con todas sus especialidades y su altiva individualidad para ser la vida misma.

El nuevo estilo ha dejado de ser óptico ó corazonado, y sin sedimento religioso ninguno, compromete la complegidad del ser en un orgasmo.

Contra el bizantinismo que ha inspirado siempre al estilo, contra las falsas ideas prosopopeycas de Buffon sobre él, Bernard Saw, desconcertando de un modo magnífico á los lógicos que desconocen ese nuevo procedimiento de definir, ha dicho que «EL ESTILO ES TENER QUE DECIR ALGO».

© Biblioteca Nacional de España

Así el estilo pierde su valor en ese fuero aparte que había sabido crearse. Así se anula la importancia del modo de decir para desamortizándola, insuflársela á lo que se diga.

Bien está el espíritu de reacción que anima la genialidad de Saw contra la vida desconceptuada y desposeída de ideas.

¡Vorms, vorms, vorms!

El grito trágico de Hamlet, define el gravámen de la vida. Por doquier palabras, nada más que palabras... Palabras que semejan ideas, palabras que por lo muy huecas que son tamborilean con una sonoridad inaudita.., Palabras, cosas de cartón piedra, sin virilidad, palabras que adulteran las ideas y las suplantan...

Con algunas se ha litigado, pero por miedo á que enardezca demasiado el descubrimiento, no se ha acabado de decir todas las cosas y las inmensidades que son solo palabras. Ádemás todavía hoy se procesan esos descubrimientos.

Desde luego genericamente puede decirse con Dantec «Estoy completamente convencido de que la manera como hablamos los hombres es defectuosa; resulta de un error.»

Todo él ha adquirido mayor capacidad, se ha ductilizado desusadamente. ¿Por qué no decirlo? Después de todo Gautier echaba á los hombres en cara no haber creado un nuevo vicio. El estilo de la nueva literatura, los ha procreado prolificamente y si la otra, la anticuada, la academicista, tenía las siete virtudes. —¡Pecata!—la nueva literatura tiene algunas más y un gran surtido de vicios, que se virtualizan inestimablemente al influjo de lo que se les hace decir.

No olvidemos la maravillosa incestuosidad de la frase de Saw «EL ESTILO ES TENER QUE DECIR ALGO »

Todos los sustantivos se han adjetivado de manera radical, los mismos adjetivos—aumentando así consi-

© Biblioteca Nacional de España

derablemente la embocadura del estilo—han sido adjetivados. De este modo todo se ha excedido, se ha hecho más accesible... Debido á esas interpelaciones, á esa conflagración de recursos, el estilo es hoy una cosa desconocida, feraz, ya sin sombras, dado que todo se abre al *cielo raso*, *virgen*, por sobra de disposiciones que desflorar...

El estilo no es ya mera indumentaria, no cobra aquella personalidad de cosa decorativa, se hace vitreo como no lo ha sido nunca, aspirando á serlo más; pierde lo que tenía de aparatoso, y sin embargo nunca más complicado que ahora; descencertante y complicado para el que no lo sabe leer, para el que no le ha derrotado, (se le derrota, asimilandole en toda su extensión); llega á perderse él, desaparece, y sólo ayuda á que se desvele el concepto. Es un desnudo, cuando antes era un atrabiliario encubrimiento.

Así ha nacido el estilo expresivo. En todo estilo debe haber un juego de fisonomía, lleno de revelaciones íntimas. El ideal del estilo está en alcanzar la expresión de un *Zaconne*, de un *Novelli*, ó de cualquier otro gran actor.

Ha perdido su color, se ha azogado, cobrando así una esplendidez ideal.

Con esta prosa azogada, se evita toda la distracción concusionadora del estilo antiguo. Estilo al que no niego maestría, sin que esto sea sin embargo una afirmación, porque de las cosas «bien dichas» nos ha mandado abominar Retté en el prólogo *L'archipel en fleurs*, y Amiel—el santo—nos ha hablado «de la repugnancia del buen gusto».

Al estilo no ha de notársele.

El clásico buen estilo da una sensación marcadamente estilista, forzada, que se sobrepone y suplanta al concepto. El sustitutivo de las ideas en él eran las frases. Por eso el desarreglo, la asimetría del estilo es una de las ventajas de la nueva literatura.

© Biblioteca Nacional de España

Así el concepto es el estilo y recíprocamente el estilo es el concepto.

Al hablar del estilo tendría que hablar del lenguaje, de su fundamento filosófico y de otras triquiñuelas engorrosas. Sin profundizar, descaradamente, después de la cita que he hecho antes de Lebesque diré que el lenguaje es una cosa accidental, según lo ha probado el libro de Helena Keller, ciega y sorda, más veraz que los de Hunibot y todos los otros linguistas.

Todas las fórmulas han sido invadidas rebeldemente y todos los géneros literarios, de literarios se han hecho *pensadores*. Todos los moldes han resultado estrechos después de fecundados, porque procedían patronímicamente de unos espíritus hijos de una falsía filosófica extrema. Y han resultado raquíticos por lo mismo que en una obra de *Paul de Kok*—magnífica contradicción al neo-cristianismo de *Rouseau*—les vienen estrechos los cinturones y los corpiños á todas las muchachas de la localidad en que vive el intrépido Alfonso, educado en la naturaleza, libre de todo aleccionamiento histórico, fortalecido por los bosques.

También ha hecho necesaria la transformación del estilo, el que ya no es como el otro, efecto de lo usual. Una de las grandes tiranías de la vida es lo usual, lo usual hace adinamico al espíritu. Lo usual hace patinosa la vida, la ha deformado. Lo usual había enterrado la piedra filosofal. Por lo usual se había olvidado la unidad contrastadora de los bosques.

Hubiéramos vivido siempre dentro de lo usual, y como la función crea al órgano ó lo inutiliza, hubiéramos perdido los ojos y nos hubieran crecido las posaderas, si el escepticismo colocándonos fuera de lo usual no hubiera preparado esta entrada reformista en su predio.

La nueva literatura prescinde de lo usual y así está desenterrando el verdadero concepto de la vida, ha-

© Biblioteca Nacional de España

ciendo revivir las inquietudes embotadas y traspasando todas las prohibiciones de que está hecho más que nada lo usual, prohibiciones que multiplican el ejemplo de las viejas columnas de Hércules, negando el más allá, teniendo sin embargo tantos mundos á su espalda.

Lo grandioso, lo épico, lo oratorio, que á tantos tópicos y maneras dieron lugar, se pierden en el nuevo estilo. Muy pocas adjetivaciones de esas se han conseguido proporcionar y hacer habitables.

Con todo, han llenado una fase farandulera, logomáquica, perorativa y magnífica.

Nosotros nos encontramos desencajados, ateridos, negados, en medio de esos conceptos descomunales, triptolémicos, que daban demasiado importancia á la naturaleza y se desgañitaban en su honor, despersonalizándose. Tienen el enrarecimiento de las alturas, y su temperatura bajo cero. Ya no son las alturas el plafon de papel de seda que esperaba romperse con la cabeza para ver no se qué.

Glaisher nos ha hecho ver que la ascensión á más de 14.000 metros desorganiza. Cosa que ignoraba el Dios cristiano cuando al ver edificar la torre Babel á la soberbia generación de Belo—soberbia en el sentido de más quilates de la palabra—no esperó sabiamente á verla descomponerse al llegar á cierta altura. Su rasero científico era bien raso. Se puede decir que era de su tiempo. Wrigth, con toda la sabiduría que le faltó á él, ha consolidado Babel con la creación de su dirigible, una Babel sin cimientos pero en principio la Babel soñada por los Belos y á la que ensancha cada vez más la azotea, según es mayor el radio de sus maniobras.

Todas las videncias en que se han debatido nuestros antepasados, resienten ahora nuestra constitución personal. Parece como si nos volatilizáramos, perdien-

© Biblioteca Nacional de España

do esterilmente nuestra unidad orgánica. Se nos abren las venas en medio de las alturas. Nos sentimos morir.

No habían llegado al dominio de lo pequeño, de todo eso á que naturalmente, específicamente, somos adaptables, y con lo que hay que compensar lo inconmensurable. Después de tantos versos de almanaque y de tantos panegíricos sobre la primavera, nadie como Francis Jammes—que ha hecho tantas cosas para acercarnos á la naturaleza—nos ha dado su sensación simplemente.

«Para las bestias la comida de invierno acaba... el día aumenta *una hora y cincuenta minutos*.»

No sabían tampoco lo mucho que vale la frivolidad. Por eso son teratológicas las filosofías sistemáticas, porque carecen de frivolidad; no se encuentra en ellas un organillo, ni hay colgada una jaula de canarios, ni hay entre hora y hora un recuerdo de mujer, ni echa nadie un cigarrillo. Nos destierran. Todo es trascendental, carece de veleidades, carece de *bibelots* y de nuestros pequeños enseres.

Todos se olvidaron del cuotidianismo de la vida.—¿Pero como ha sido esto posible?—El cuotidianismo que es lo supremo y lo que nos invade más en total. Por eso nos sugieren sus obras una sensación destartalada, unicorde, desolada, de una vacuidad tan vacua como grande es su ampulosidad.

Así brotaron esa cábala de obras *pa ológicas*, *infartadas*, llenas de *abcesos* y de *postemas*, ahitas de corazón, de cosas honorables—de las que hoy sólo quedan en nosotros algunos *coxis* apenas visibles—obras siempre hipertróficas, llenas de una *vida de excepción*.

Bernard Saw—que se ha llamado él mismo superior á Sakespeare—ha dicho: «Los personajes de Sakespeare parecen detenidos ante una esfinge inescrutable:

© Biblioteca Nacional de España

faltos de respuesta, los unos rien, los otros lloran, los otros se mueren y *todo el resto es silencio*».

Ese resto de silencio, hermetizado, inmóvil, es el que tiende á desglosar la nueva literatura, todo eso que siendo lo esencial salía confundido con los comparsas ó *no tenía papel*. Bernard ha formulado bien el gran cargo que puede hacérseles.

«Todo el resto es silencio.»

En efecto, hay que prescindir de los conflictos de la parte de fuera que antes eran toda la inspiración literaria. Trocar la idea de respirar los conceptos por la de traspirarlos.

El hombre nuevo, el único hombre si se habla con sensatez, ha hecho bien arrumbando esos peplos de gigante, abandonando también el viejo juego de andar en zancos. Y así arrumbando toda la épica sonorísima, encastillada,—producto de un magistral y absurdo instrumento de viento, acoplado á las entrañas,—la otra épica, la íntima, llena de suscitaciones en su instinto, llena de gollerías, ha reconquistado su ritmo, que soterrado bajo las otras magnificencias fraudulentas, anestésicas, vivía en un desmayo.

La lírica negativa de las exaltaciones es la que ha hecho más daño á la vida, creando en ella el desequilibrio. Su exaltación en un sentido la ha aterido en el antípoda.

Montaigne, si no hubiera sido tan profesor de Universidad, hubiera representado á la nueva literatura.

En ella, particularizando, dentro de esa fuerza cínica de concepto que ha recogido de la vida y de la filosofía, hay entre otras adquisiciones una importantísima: la de la mujer.

Es un descubrimiento de hoy mañana.

La mujer de los otros, mogigatera y circunspecta, era una cosa convencional, dibujada por el almohadillaje artificioso de sus virtudes y sus cosas de *en visita*. Era la mujer metafísica. Amaba con lirismo y á dis-

© Biblioteca Nacional de España

tancia. Fraseaba demasiado y en las mejores ocasiones declamaba en vez de morder. Parecía no tener más que busto y aun ni busto siquiera.

Por eso aquella literatura tenía el horroroso defecto de ser celibataria y sus concepciones estuvieron dañadas de misogenismo que ha sido la causa de todas las canalladas del derecho, de la moral, de la policía y de las costumbres. Las manchas del Sol proceden de que le han mirado los ojos sórdidos de una humanidad misógena, no por falta de D. Juanismos y de malas palabras—abundan en algunos modelos de aquella literatura—no por falta de mugerismo, sino por su falta de concepción, y por no saber imaginar, los valores supremos. En su goce no hubo la abundancia, el hartazgo ultra-filosófico, que acosecha la nueva concepción de ese pecado más grande que todas las virtudes.

Aquellas mujeres, éstas, que crean aún los rezagados, son ocas.

Y no os sorprendáis. Voy á explicar por que son ocas.

En un cuento del Decameron un muchacho que había vivido en la abstinencia y en el analfabetismo de los misógenos, visita por primera vez la ciudad de Florencia.

En la visita le acompaña *adlatere* su padre, que le ilustra sobre lo que va viendo, palacios, viejas estatuas, fuentes... A cada sorpresa del muchacho una explicación del padre, hasta que por fin, en una ocasión, el muchacho preguntó de nuevo señalando á unas mujeres que pasaban.

—¿Y esas qué son?...

El terrible padre tan inquisidor y tan abstinente, queriendo evitar nuevas preguntas y más comentarios, contestó:

—Son ocas...

Así creyó zanjada la cuestión, pero los instintos del

© Biblioteca Nacional de España

muchacho sin cortesanear, inteligentes, le hicieron exclamar sobreponiéndose al subterfugio:

—¡Pues yo quisiera llevarme una oca!

Los otros, los academicistas, han aparentado hipócritamente creer en las ocas con metaficismos, circunloquios, conceptuosidad, eufermismo y pudibundeces, y han llenado su literatura de ocas y laudos á las ocas. La nueva literatura ha sustituido esa falsedad y ha creado con todos sus determinantes específicos y veraces: la mujer.

Hasta Mendes, Anatole, Eça, y sobre todo hasta Willy y Collet se desconocía la mujer, histológica, física, capilar, dotada de una psicológica arbitraría de Angora. Zola como primer elemento de reacción exageró sus actitudes lesbianas y uso un procedimiento falso de acentuación al hablar de su sexo.

Se la ha dado la importancia que merece, la arrobadora, la extrema, por eso una obra en que ella no figugure es una obra incapaz. Carece de unidad orgánica. De aquí que la filosofía tomista, mensurada, sea una cosa repudiable por lo nemotécnica, por su metodismo insexuado y por como prescinde en puridad de las inquietudes, y de las indolencias, y de las arbitrariedades de por vida. Era lo menos humana que podía ser dado su estilo sin calorias, sin conscuspiscencias y su desden por las cosas más entrañables. Contra ella, ha aparecido esa literatura filosófica, conscientísima, de Nietzsche, Barrés, Adam y Gourmont, los filósofos menos universitarios.

La nueva literatura, más amiga del banco de la plaza pública, ó de la avenida ó de los boulevares (1)

(1) Y esto del banco no significa que su posición ante la vida sea extática, cree, lo que hace decir Rouseau á M. de Wolmar. «Siento quo no se ve nada cuando se contenta uno con mirar, y que es necesario agitarse para apreciar que se agitan los hombres. Yo me hice actor en la vida para poder ser espectador.»

© Biblioteca Nacional de España

más amiga de la vida de relación, que del sitial sin horizontes de la torre de marfil, no se desapercibe de la cuestión social.

Por primera vez haciendo enmudecer á los hombres reposados, conservadores y aún á los más subversivos que se dedican á esa especialidad dice ella las palabras decisivas. Nadie como Anatole, como Gourmont, como Hautmant, como Mirbeau, como Saw, ha planteado los problemas sociales. Han dicho la primera y la última palabra.

La nueva literatura no puede olvidar los absurdos puesto que por primera vez no es absurda. Tiene por naturaleza la repugnancia de todas las barbaries.

Una literatura burguesa, conservadora, sin contagiar por todas las subversiones y por todos los grandes anhelos, impasible ante la colisión silenciosa de todas estas cosas, impasible ante la absorción con que denigran la vida, no es literatura,

Esto no quiere decir que emplee y tenga fé en todos esos términos pseudo-científicos, con que se plantea la cuestión y que son los que la han perjudicado, y por lo que se reprueba en las cátedras de derecho. No.

Su papel es demostrar ante la naturaleza que está cerciorada, acosadoramente, vagorosamente cerciorada de muchas cosas de las que se ha cerciorado ante ella, con palabras sencillas y extremas que por primera vez no forman, ni tienden á formar una escuela ni un partido ni una sistematización. No cree en un derecho que oponer á la arbitrariedad, esto sería inocente, cree por el contrario en una arbitrariedad que oponer á la arbitrariedad en la que funda un nuevo sistema de educación.

La nueva literatura no puede olvidar que existe la cárcel, terribles trabajos forzados que no parecen forzados sino ciudadanos, gentes que hambrean, y diría con indignación que no puede olvidar que existen otras

© Biblioteca Nacional de España

muchas cosas sino hubiera ley de jurisdiciones y otras leyes por el estilo.

La nueva literatura no lo olvida. Sólo el bizantinismo pijotero de algunos aristócratas literarios se permite ciertas desfachateces, desfachadas no en relación con los principios puros, sino en relación con el derecho á la vida de los otros que debieron ensayar en ellos su *antropofagia*.

El concepto naturista, atómico, fulmineó, emocional, concluyente, supremo, que puede llegar á formar la literatura de la cuestión social, es todo lo que la hace falta. Menester es que nos dejen ir á ellos y que sepan que vamos á compensar su fe, con otra fe. No que les vamos á dejar huérfanos, necesitados como están de compensación. Eso sería patibulario.

De todas estas características, de esa reconcentración—mejor dicho, para usar una frase predilecta de *Taine*—de esa «convergencia de efectos» con que se ha hecho más capaz la nueva literatura, insólitamente *plenaria*, dotada de una conciencia integral, deduce uno no la BELLEZA, que es un término vacuo como el de los Dioses, sino una sensación *biológica*, *orgánica* —especificando:—*histológica*, sensación de *confort*, de poder, de inquietud, de mamiferismo, torácica, tactil.

Y esta es su originalidad y su supremacia. La filosofía siempre sistematizadora, sin mundanidad, tiene el defecto de no dar esa sensación personal, organizada, de la nueva literatura, que es toda una percusión de la naturaleza.

La nueva literatura es en síntesis lo que dice *Lange* que es el ser: *un centro específico de fuerzas*, aunque sería preferible llamarlo un cómputo de fuerzas. Responde al concepto íntimo y funcional del ser. Todos sus imperativos son carnales y todas sus cosas establecen una sensata y acuciadora correspondencia *or-*

© Biblioteca Nacional de España

gánica entre el mundo y el individuo. Ese ha de ser en total su nexo.

Así prescindiendo de las preocupaciones desquiciadas de las otras literaturas, de sus desmesuramiento, se ha atrevido á parecer arbitraria para ser consecuente y humana. En ella el hombre trabaja en vista de sí mismo. Ha compensado á Dios á su manera, inefablemente. Ha aprendido el valor del barro.

Por esto, para ser completamente orgánica, en el sentido circunstancial de la palabra—que es á la vez absoluto—no debe descuidar la actualidad, ni el espacio, ni el lugar.

¡Oh! ¡La actualidad!

El siglo perjudicó al minuto. Tenía desconcertada la vida. Más la afirmación personal ha implantado una nueva perioricidad. De ella se ha deducido que hay que vivirlo todo con un afán supremo, sin despilfarro y como si ello fuera lo *único* sin solución de continuidad.

Lo actual coadyuva á la afirmación de nuestra vida, afirma su finitud, y de eso sólo estamos necesitados.

Lo actual evita que no seamos de ningún momento, queriéndolo ser de todos, ignorantes de que en ese *todo* quimérico no habrá nada que nos afirme, que nos *origine* en este sentido de degustación íntima, orgánica, concuspiscente, en que entendemos la afirmación personal.

Somos el día tantos, de tal mes, de tal año, hasta el día tantos de tal mes, de tal otro año. Nada más, en absoluto, nada más.

Ha de ser tan actual la literatura que hasta el modo de editar ha de estar conjugado en presente. Y si se escucha un piano en sus páginas no ha de ser un piano de marca *demode*, sino de la más actual. La conviene hablar de las últimas modificaciones de la calle y del alumbrado, y si pasa una mujer entre las regletas hay

© Biblioteca Nacional de España

que cuidar de que el traje que lleve esté confeccionado según el último modelo. Hacer otra cosa es desintegrarse, extinguirse.

Todo lo que no sea actual es desconcertante y no es tan sabrosamente asimilable como lo actual. Somos de nuestro momento y sería mentir nuestra naturaleza y aterirla y resabiarla, el creer otra cosa.

Hay que combatir siniestramente el espíritu de anticuario que hay aún en el fondo de los hombres y que enrancia y *desorganiza* tanto la vida.

Todo lo que no es actual ó no se condicione por lo actual carece de justificación. El espacio y el lugar deben obedecer á esa misma perioricidad, deben estar dentro de ella, con su misma certeza, en detalles ultimatums y variaciones. Somos de nuestra calle y de nuestra casa. Así, ya sea madrileño, vallisoletano, londoniense ó parisino, toda vida para ser orgánica, ha de estar *sita* de un modo categórico. De tal manera que las calles han de ser verídicas, llevar su propio nombre, y hasta si en ellas se ve la mano indicadora del zapatero de portal no valdrá suprimirla. Todo lo nuestro debe tener un carácter de madrileñismo.

Estas dos aseveraciones hechas con todo fanatismo—por que me siento abotargado, por ese raro apelotonamiento de fuerzas que debio sentir Lútero—son tan horrorosas que de ellas harán una horca para mí los discretos.

Y todas estas influencias no son estériles, tienen un cometido importantísimo: la creación del carácter.

La otra literatura tuvo por fin el entretenimiento. No puede haber de cometido á cometido, entre la vieja y la nueva literatura, mayor superioridad.

El carácter es el todo en la vida. Es una acepción del hombre hospedada hasta en los tuétanos.

En el hombre es una cuestión capital la de tener ó no tener carácter. Sin carácter, de nada le sirve tener

© Biblioteca Nacional de España

muchos retratos de sí en todas las posturas, todos los premios extraordinarios de todos los exámenes y de todos los concursos, un mapamundi, y saber sus configuraciones, un plano de su localidad y sus alrrededores, una querida bien alhajada ó una esposa, porque el mismo, ni el universo, ni su localidad, ni los jardines, ni la dulzura de los cielos, ni la diafanidad de la vida, ni su caricosidad, ni su explotación, ni la mujer, se le habrán descubierto. Ya véis, del carácter depende el saber ó no saber asimilar la vida y sus frivolidades.

Crea esta alternativa desniveladísima.

Dispone del mundo, lo hace propiedad individual todo él, ó no dispone y entonces, como si limosneara.

Es el personalismo. El carácter glosa y desglosa las cosas en el sentido privado, orgánico, que llena ó no llena una vida, la hace densa ó paupérrima, la extralimita ó la enchiquera.

La literatura prepara esta ecuanimidad. Consigue que no tomemos un tranvía con ridícula precipitación, nos pone á distancia de un sombrero color café, evita que nos perdamos en el coreo de las muchedumbres, en la risa de todos los chistes ó en el dolor de todos los dolores. Sirve para hacer de nosotros otra cosa que culotadores de pipas, coleccionadores de fototipias, hombres de visita ú hombres transcendentales. O si por un acaso aceptamos esas encarnaciones para demostrarnos que estamos al cabo de todo, lo seremos todo dentro de nuestro mascarón. Ayuda al bien vivir y al bien morir. Evita que seamos seres en suspenso bajo una preocupación pequeña, un tópico, la oficina, el suceso del día, la recepción académica, la política, el moralismo, la honorabilidad.

Y el día que nos aprovincianemos fomentará en nosotros la grandeza de ánimo y sabrá tirar todos los meridianos y trabajar la esfera armilar alrededor de nuestro BELCHITE.

© Biblioteca Nacional de España

Fomentara en nosotros una delicada adaptación al tabaco, á los paseos á solas ó con el veterinario y siguiremos con toda consciencia, y con toda atención, paladeándolo mucho, el discurso de nuestra vida. Nos permitirá quedar fuera de todas las cosas pequeñas y de todas las cosas usuales; mejor dicho, dejarlas dentro de nosotros, acogiéndolas en su *justiprecio*, en vez de entrar dentro de ellas, anulándose chafando nuestra vida como los *sin-carácter*, justipreciados por ellas.

En la integridad de los caracteres fuertes es innegable que hay una plenitud literaria.

En Napoleón, en Garibaldi, en Carlota Corday, en Lemoine—el creador del brillante—ha habido una plenitud literaria. Sobre todo en Napoleón.

Y entendamos con toda malicia que creado el carácter todo se ha creado furtivamente—furtivamente he dicho.

A la gente hay que imponerlas esta maquinación. Este es el gran cometido de la literatura. Las masas, las muchedumbres son una cosa muerta, sin carácter considerada en total, pero tienen la admirable condición de llevar en sí el feto del carácter.

La literatura ha de afanarse en esa OPERACIÓN CESAREA. Arranquemos á los muertos ese algo vital que no está muerto como ellos y que palpita en sus entrañas.

No obstante el gran papel que viene á cumplir la nueva literatura encuentra gran número de obstáculos.

Bien es verdad que el espíritu de esta época es de imposición, espíritu crematístico; pero nada, como su formación literaria daría más incremento á su vigor.

Su más nociva oposición es la de los espíritus de anticuarios que atiborrantes de *intereses creados* han visto una competencia y han creado un dicterio que oponerla: «decadente».

La decadencia según ellos, la forman todos esos elementos formidables de la nueva literatura.

© Biblioteca Nacional de España

PROMETEO

La decadencia es una de las palabras más ambiguas que existen. Verdad es, que está hecha con la peor intención.

Discutámosla en lo que quiere significar.

La naturaleza nos compuso para la imposición, para la lucha por la vida, nos hizo con su ceguera de siempre, es decir, constituyó el protoplasma, hizo á la mónada, á la mónera, cosas sencillísimas, propensas á la combinación, hizo recto, concluyente, nuestro destino como el de árbol, el del insecto, el del infusorio. Por eso hay tantas cosas fatales. Las experiencias de Papús tuvieron su límite. Aquel en que no tuvo nada que recomerse.

Pero dentro de nosotros, de esa fatalidad introcable y adusta encontramos una inmanencia que aprovechar. Una pepita dulce que podíamos DEGUSTARNOS. Claro que no contravenía en nada sus leyes naturales. No se hubieran dejado contravenir. Dentro de las leyes químicas y físicas á que estábamos sometidos encontramos libertad de que disponer.

Era un intersticio á través de las leyes, un claro microscópico, sitiado por todas las fatalidades. Sitiado perentorísimamente. Podíamos jugar, esté fué nuestro descubrimiento. Nos pareció una cosa inmensa. Para la naturaleza seguía siendo una cosa sin importancia, se dejaron de construir cosas piramidales, cosas históricas. Entonces el flirteo, el epicuerismo, el vicio prudencial—*sobre esto del vicio prudencial* tendría que hablar mucho—la filosofía del *bon-vivant*, del *confort* otras y otras *florituras* ó confituras capitalísimas.

La naturaleza no pensó en esta risueña escolástica, que es en sí principio y fin. Pero nosotros sabiamente la hemos creado. Las buenas hetairas han adivinado todo esto y hechas por la naturaleza como mera semilla, se han comido el semillar como una gran cosa sabrosa y afrodisiaca.

© Biblioteca Nacional de España

Si yo tuviera que hacer un símbolo de la decadencia hablaría de las medias negras caladas y de cómo han exaltado y hecho pluscuamperfecta la carne de mujer.

La naturaleza la creó sin medias, la naturaleza está desinteresada de todo lo que no sea universal ó monista, en razón de sus leyes. Por esto también no pensó nunca en el *Weefstea*, en el jamón en dulce, ni en el *foie-gras*.

La decandencia en vista de todo esto es una palabra que pone al hombre la expropiación en atención á sí mismo y á que es mortal.

No ha habido liberalidad más sensata. ¡Seamos de la decadencia! Baste saber que es encantadora.—Muramos de una hartazgo de decadencia y habremos traspuesto todo el más allá y el allende del más allá.

¡Seamos de la decadencia!

¿Pero—deteniéndome en mi hilaridad—es que hay derecho á decir esa palabra? ¿Tiene razón de ser?

Solo la naturaleza pudo haberla articulado. Y el cosmos solo es en ciertas ocasiones onomatopéyco. Nunca elocuente.

Los hombres que la han creado han suplantado la naturaleza. Ridícula suplantación que ha hecho la hormiga de la esfinge, dotándola de sus malos humores, de sus estrechas virtudes, de sus falsas elucubraciones y entelequías.

¡Seamos de la decadencia!

Cualquier gran trastorno que en la naturaleza se verificara, su fracaso entero no la merecera un lamento, ni una réplica, ni aun un encogimiento de hombros, porque siempre saldrá ileso el principio general de la trasformación de la materia y de la energía.

De aquí que nada importen nuestros pequeños trastornos en el terreno privado. Nuestra pepita—símbolo de lo más íntimo en nosotros—nos ha servido para

© Biblioteca Nacional de España

banquetearnos á sus espensas. Siendo un objeto del ritornello de la siembra, la madurez, y la desorganización para meteorizarnos al fin, nos servimos de nosotros, nos mordisqueamos y nos hicimos nuestro propio aperitivo.

¡Seamos de la decadencia!

Ya veis la impropiedad de ese apóstrofe que se opone á la nueva literatura. Sólo explican su insensatez unas palabras que dijo no se quién: «Para un clásico que admite la unidad de perfección y que no reconoce más que una fórmula de belleza, cambiar, trasformarse, es necesariamente degenerar.»

También se opone á la nueva literatura un gran recelo que la inculpa de falta de probidad.

Se la ha acusado de artificio.

Se cita como á juglares á Nietzsche, Wagner, Baudelaire... Este alegato se destruye citando la parte indiscutiblemente sincera de su vida, su correspondencia, esa correspondencia de los hombres extraordinarios que se cree con derecho á violar el porvenir...

En Nietzsche, las cartas á sus amigos de Sils María, en una de las que llega á decir «Las forestas vírgenes y la felicidad se quedan para los que no tienen tantas filosofías sobre las conciencia», Wagner sufre encerrado siempre en «el dolor de sus exploraciones», como él dice en las cartas que dirigía á sus amigos de la Verte Colline y Baudelaire, vive atormentado víctima de su misión superior, y como prueba de esa gran honradez están las cartas á *Saint Beuve*, en que se queja también de su genio tan difícil y *tan doloroso*.

Pero poco importa que se demuestre la villanía de esas diatribas. La literatura personal, verdaderamente personal, está obligada á vivir residenciada en sí misma. Tanto por el público como por sus arrendatarios.

«Para el público—ha dicho Oscar Wilde—todo en-

© Biblioteca Nacional de España

sayo intensivo en materia de arte es desastroso, y sin embago, el progreso y la vitalidad del arte dependen en gran manera de la extensión incesante del personalismo.»

El burgués tendría que hacer un esfuerzo mayor á sus esfuerzos usuales: aglomerar más sangre en el cerebro, y esto es imposible porque la tiene toda agolpada en el estómago, donde no le da abasto.

En cuanto á los arrrendatarios se pagan del público, y la revista y la prensa se niegan á toda obra verdaderamente personal. Sus intelectuales de nómina hablan como alumnos de filosofía y letras ó como doctores, casi todo es ortodoxo, pues hasta se ha creado un revolucionarismo ortodoxo. Desde luego todo es discreto. Si alguna vez figura un literato personal es cuando deja de hacer literatura insobornablemente personal y se hace discreto.

Por esto, en vista de este apartamiento, hay derecho á decir que el gran latifundio del siglo XX—el bárbaro sobre toda barbarie, y el descomunal sobre todo descomedimiento—SON LOS ROTATIVOS. Un latifundio incomparable con todos los que se han ido desentravando.

Pero esto no importa, aunque la literatura personal esté confinada—en España, se entiende,—no debe olvidar que Gouyot ha dicho con una frase en que habría que corregir las palabras gruesas: «Lo que es bello y grande se basta á sí mismo.»

Esto sin atender á que no son apetecibles los adjetivos públicos, pues las carteleras—abigarradas de color, cuotidianamente renovados sus titulares—los anuncios de específicos y los rotativos, han achatado y hecho sordas todas sus preeminencias.

Sin embargo, exagerando todos los peligros, ha aparecido la falsificación de la literatura personal. Debido á la expectación del público, aprovechando la

© Biblioteca Nacional de España

claridad con que se ofrecen los procedimientos, han nacido las *incubadoras mecánicas*.

Este es el peligro de la nueva literatura, su competencia. La habilidad. No va todo lo allá que ella, ni tiene todo su albedrío. Es un aborto industrial que ha aprovechado la revolución artística, coincidiendo su aparición con el de las *pianolas mecánicas*.

Un dramaturgo tenemos que es el caso clínico. Ha creado la rebeldía *bonita* prendida siempre de una gracia ó de una temperancia. Ha hecho de lo formidable una cosa sacarinosa.

Yo he visto en una tienda de muebles un trabajo de cerámica exquisito, exquisito en la acepción filistea de la palabra. Era una niña menesterosa, remendada, de las que han hambre y sed, de las angulosas, pero en el modelado estaba tan huída, tan cuidadosamente hecha, se había mentido tanto la agresividad de lo real, que daba gusto verla aun siendo una miserable. El orfebre había involucrado su concepto.

Dos señoras que al pasar se miraron de reojo en el contraluz de la luna del escaparate, la sorprendieron.

Mirándola, tan suavemente conmovedora—suavemente y no terriblemente, cruentamente, blasfemamente—se las ocurrió decir:

—¡Qué bonita haría en la sala!

Ese es el arte industrial y claudicante, sin agresividad, sin entereza, que aprovecha la modernidad y los gustos del burgués, un poco de su época.

A Nietzsche se le ocurrió una blasfemia y un rugido despotricante contra estas falsificaciones: «¡Ay! Muchas veces ha llegado á hastiarme el ingenio cuando veía que también la canalla era ingeniosa.»

Y voy á ir terminando.

De todo lo dicho se desprende que la nueva literatura no tiene un común denominador. Se absuelve de ese prurito disciplinante, escolástico. Ha acogido

© Biblioteca Nacional de España

en su torax una palabra de una significación impersonal: es individualista—titular de *cauchou* que se adapta de muy diferente manera á todos los intelectuales.

Exaltado su concepto, informado por todos los conceptos, hay en ella una veracidad extrema.

Ha hecho suya, en un nuevo aspecto, la doctrina monista.

Su concepción es la misma del monismo, por eso yo llamo á mi doctrinarismo, á mi modo de concebir la literatura «Monismo literario».

La nueva literatura, por esa exaltación que la conviene, no debe olvidar que hay que escribir siempre *como haciendo* TESTAMENTO, *definitivamente, y al poner en limpio lo escrito como haciendo en las correcciones todos los* CODICILIOS *posibles.*

No debe olvidar tampoco el incremento de aquel estrambote de Mallarme: «El mundo ha sido creado para tener por resultado un hermoso libro». Ese libro será la parafrasis de todos los libros, venidos y por venir. Pensad en él al numerar la primera cuartilla de todas vuestras cosas.

Con ese coraje de concepto, sin responsabilidades académicas que temer, practicando la «no conformidad», primera virtud del hombre según Emerson en la duda de todos los procedimientos, escribiendo sin pensar en la posteridad, la nueva literatura tiende á ser lo menos literaria posible en la acepción pública é histórica, incapaz y apocada, de esa palabra. Estamos en pleno panteismo que sobre el de antaño tiene la nota inconmensurable de haber pasado, de HABER TENIDO EL CRISTIANISMO.

Estamos en plena *revolución pintoresca*, ya preconizada por Saint-Beuve.

Así comenzamos á asistir como novicios al descubrimiento de la nueva literatura. La nueva literatura

© Biblioteca Nacional de España

lo unifica y lo homogeiniza todo monísicamente en su concepto, explicándose así el mundo muy sencillamente sin las elucubraciones y las especializaciones de los otros. Es paradógico, por cierto, que la naturaleza es para el hombre una cosa en construcción.

Ha dejado de ser una expiaciones. Sa ha aplacado.

Y estoy en el punto penúltimo.

Es el colofón de mi profesión de fe. Yo lo espero todo de la nueva literatura, porque en principio reniega de todos los sedentarismos, hasta de los libertarios cuando se detienen en su insurrección. Sabe muy bien el apotegma de Gourmont: «*La civilización no es más que una serie de insurrecciones.*»

CUMPLAMOS LAS NUESTRAS.

He dicho.

Tableau.

© Biblioteca Nacional de España

Problemas del porvenir.

POR ÁNGEL LAGUNA

LA JUSTICIA

Los libros modernos se alejan cada vez más de los rígidos moldes consagrados. Ni definiciones intolerantes é infalibles, ni métodos y divisiones artificiales que borran la espontaneidad de raciocinios y sentimientos. Nada de recordar en extractos siempre incompletos, cuanto se dijo sobre cada punto, por los escritores de todos los países. Cada uno aporta su labor propia al edificio intelectual, si algo tiene que decir, reservándose, sin exhibirlo, el penoso andamiaje de sus estudios. Quien busque historia ú opiniones agenas, encontrará compiladores; quien desee conocimientos elementales, compre algun manual universitario, con sus definiciones é inventarios.

También el libro moderno huye de la abstracción, el dogmatismo ó las generalizaciones. No presenta el hombre artificial, sin carne ni sangre, sin raza, sin vicios, que lleva á conclusiones absurdas é inaplicables. Huye del pensamiento ageno, la autoridad consagrada y el tópico tradicional. Solo se inclina ante la verdad que siente. El abuso del método ha llegado á inutilizar verdaderos genios como el de aquel que dijo

© Biblioteca Nacional de España

al fin de su vida: «Mi espíritu es un cuadro vacío de imágenes borradas; adiestrado por sus innumerables ejercicios, es todo cultura: pero no ha retenido casi nada en sus mallas. Está sin materia; ya no es más que forma. Ya no tiene saber: se ha hecho un método. Se ha eterizado, algebrizado».

Al hablar de la Justicia, no solo aplicaremos todo lo expuesto, sino que nos alejaremos de cuanto parece consagrado. Quien borra conceptos tan fudamentales hasta ahora como el del pecado, el delito, la maldad, el castigo en esta y en la otra vida, etc.; etc., y establece tablas de valores totalmete nuevos, buscando en la enfermedad, la miseria ó la ignorancia, la triste raiz que hay que estirpar, cambia el eje de todas las leyes.

La Justicia ha de ser bien y no crueldad, aún para los llamados hasta ahora *criminales;* ésta palabra y sus congéneres desaparecen en el nuevo vocabulario. Una justicia sin balanza, sin espada, sin patíbulo, que penetre sin embargo, hasta la médula social, es la que buscamos; justicia encomendada principalmente á panaderos, maestros y médicos. Esa justicia será el eje del mundo moderno.

Es insensato creer que suprimido el Dios con infiernos, no hay justicia: que de esta no puede hablar el ateo que afirma que todo concluye en la caja de las seis tablas ¿Porque? si la justicia es esencial en la tierra, hay que organizarla ¿Porque han de desaparecer virtudes, honor y gloria, que producen tanta íntima satisfacción en la vida, aun para los que creen en la dulce mentira de la otra?

Sólo se desespera el que creyó alguna vez en grotescas inmortalidades, con crines laureadas y apoteosis escénicas: ese renegará de la justicia terrenal porque es un materialista al reves, *un materialista de la otra vida*, que busca *un tanto por ciento* mayor en las

© Biblioteca Nacional de España

regiones celestes ¡Qué menos precio sentiría, de exsitir ese Dios infantil creado por hombres incultos oyendo á esos avaros creyentes, que se pasan la existecia sin cultivar *el bien por el bien*, esperando reconpensas enormes por su abnegación *de alquiler*! Para creyentes de esta laya los ateos honrados son incomprensibles, seres sin objeto, llenos sólo de animalidad y perversidad, pues carecen de ese debe y haber mercantil-celestial.

Pero hay una ley del bien para la vida, necesaria por sí, sin ligamen con ninguna religión: no debemos suicidarnos todos á la misma hora, como aconsejan los ateos de guardarropía, al comprobar que son ilusorios los *réditos* celestes para las acciones terrenales. Es *práctico* ser buenos; produce alegría, salud y riqueza, inteligencia, estimación y tranquilidad, en una sociedad permanente, indefinida, eterna. Aun suprimiendo las recompensas *inmortales* por actos temporales, nos queda margen para reputar utilísimo portarse bien, porque nos asegura la felicidad mientras vivimos.

Y si el mal, por el contrario, produce enfermedades, persecuciones, el desprecio, la muerte, la miseria, hijos tuberculosos, mujeres depravadas, aunque aparentemente resulte en ciertas ocasiones otra cosa, ¿á quien le conviene ser malo en esta vida aun después de suprimidos infiernos y purgatorios?

No es pues incongruente querer la justicia en la tierra, aun después de borrar la otra vida, cuando esa justicia es necesaria para el bienestar de todos. La utilidad inmediata justificará la empresa de los que no podemos creer en dioses desconocidos con ombligo, uñas y barbas.

La justicia es el bien, y basta. Claro es que en la situación actual del progreso, necesita aún del Estado y de su coacción, aunque no para herir y matar sino para curar y prevenir. Día llegará en que se realice

© Biblioteca Nacional de España

expontáneamente, como se duerme y se come. pero religiones, guerras y prejuicios han descompuesto la función natural; cuando ese día llegue suponen algunos que la vida se disolverá en un bostezo, dada la calma paradisiaca que reinará en una sociedad sin hambrientos ni criminales, en que todos cumplan con su deber, y precisamente entonces empezarán las más grandiosas empresas, no iniciadas hoy porque el problema económico y el jurídico absorven toda nuestra atención, la cual empieza á desentenderse de la metafísica que nos hizo desvariar durante tantos millares de años.

Entonces será posible que encontremos ese principio de todas las cosas, ese Dios suspirado, que no tropezará ya con las gentes interesadas y aniñadas de hoy, tan pedigüeñas en sus oraciones, tan llenas de manchas verdes, rojas y negras.

Pero dejemos el porvenir remoto, que entreabrimos alguna vez en nuestras reflexiones, sólo para que se vea que no está vacío. Acabemos antes con el dolor y el hambre, con las manos que nos tienden pidiendo pan y justicia.

Y con los anteriores conceptos, sin ilación aparente, va surgiendo, flotando, nuestro ideal, nuestro concepto de la justicia, el Dios del mundo moderno. Desvanecidos por su propia inconsistencia los altares, ante la razón, la humanidad todavía infantil necesita converger hacia un punto central, ante un altar único, que dé á su vida frívola, vaga aún, finalidades concretas; ese altar será el de la justicia humana y positiva. Aherrojada hasta ahora por la justicia, pensó en la justicia de otro mundo, y acallada con ese sueño maléfico, sufrió millares de años, sin conquistar su derecho, explotaciones, hambres y tormentos. Ahora tendrá la justicia *de presente*. A los miserables que borrada la idea oficial de Dios con sus responsabilida-

© Biblioteca Nacional de España

des de carbón y sus premios de alas, crean llegada la hora de dar rienda suelta á sus pasiones suponiendo que ya pueden impunemente robar y asesinar, les hará entrar en razón la justicia inmediata, curativa, enérgica, pacificadora, como la quinina, que mata, pero no al enfermo sino á la enfermedad.

A los que crean y á los que no, esa justicia sin crueldades ni blanduras, como las leyes físicas bienhechora, les dará su medicina. No es que temamos del ateismo que nos invade, el desbordamiento de las pasiones; el instinto de la vida es más poderoso que la artificiosa teología; todos saben que para ser respetados en su persona, en sus hijos, en sus amores, en sus sueños, necesitan respetar á los demás. Los casos de excepción contra esa ley de la vida, los llamados crímenes, ¿los han evitado acaso hasta ahora las religiones con sus calderas hirvientes, ni la dura justicia histórica con sus patíbulos? Sólo en el porvenir podemos imaginar bienandanzas, que jamás se dieron en el pasado de ninguna sociedad. De algo nuevo podemos esperar lo que no pudieron conseguir en miles de años Budha, Jesús ni Confucio. Cambiemos ya el eje de los lugares comunes, de los dogmas y de las teorías. Gritemos ¡no hay crimen! delante del parricida, después de un estremecimiento de horror invencible, lanzando esta inmensa paradoja como una inmensa verdad. Ahondemos en ese hijo ensangrentado y monstrueso, y encontraremos siempre, siempre, la causa fuera de su conciencia: el hombre normal no mata ni á su padre ni á un extraño.

¡Cuál será el consuelo obtenido hasta ahora del juicio *axiomático* de que todos somos más ó menos perversos y de que debemos mirarnos con desconfianza recíproca? ¡Maldita premisa, engendradora de todos los asesinatos! ¡Cuántos buenos que se creen malos, matan á otros buenos á quienes suponen peores!

© Biblioteca Nacional de España

Y no es que para pasarlo mejor forjemos teorías opuestas, no menos falsas, teorías bonachonas, paradisiacas. No; el hombre tenebroso que mata sigue siendo para nosotros tenebroso; en lo que diferimos al juzgarle es en el aprecio de los móviles y de las causas. Vemos el mal como los antiguos, pero no vemos al malvado. En nuestro camino hay redención posible; en el otro se proclama el mal tan eterno en la tierra como el hombre. En nuestro camino cada crimen representa á lo más una cabeza cortada: en el otro cada crimen hace caer dos cabezas.

A la idea del mal eterno, reemplazamos la de la desgracia temporal y suprimible. No forjamos jactancias paradisiacas para el porvenir; el presente nos dice con estadísticas y casos clínicos que curados epilépticos, borrachos, idiotas é incultos, no matan, y sienten el mismo horror al crimen que al vacío.

Y así va bosquejándose cada vez máz, aclarándose poco á poco, como luz auroral, nuestro concepto de la justicia. Justicia sin mal ni delito, sin penalidad ni indulto, que no cree en la perturbación consciente del derecho público ni privado. Justicia que evita, higieniza, cura, repara. No significa un simple cambio de plan sino un cambio radical de dirección. ¿Veis la madre en el hogar? Ese es el símbolo de nuestra justicia. Evita la desgracia, ama y vigila al hijo, cura la herida, cuida la enfermedad, no acusa nunca, no castiga jamás, no realiza ningún mal, no lastima, no ofende, no afrenta, no injuria. Instintivamente comprende que el mal no existe, esa visión del ignorante que no explicándose el hecho lastimoso, lo califica; cura la llaga sin golpear al llagado; lo compadece y lo quiere más, sin negarle la caricia, sin ponerle el rostro severo. Esa madre es la clara visión de un mundo nuevo enfrente del mundo de errores que se derrumba.

«¿Cómo?..... Dirán los indignados. ¿Ha de ser la

© Biblioteca Nacional de España

justicia una madre que llore igual ante el hijo que mata y ante el hijo que muere? ¡Cuánta lacra! ¡Cuánta maldad!» Eso mismo se dijo al sabio inglés que osó amparar al loco por primera vez en el siglo en que se tenía por un *poseído de Lucifer*, por un *hijo del infierno*, al más pobre y desdichadísimo de los enfermos.

Pegar al que hiere es pegar á un desventurado. Estudiadle; tiene alguna víscera enferma; contagiado, contagia; envenenado, envenena; da lo que tiene. Y revolverse contra la fatalidad, castigarla, esponerse á la altura del Rey idiota, que después de un naufragio, mandó castigar al mar con unos hierros candentes.

¿Quién es más desgraciado? ¿El hombre normal ó el anormal? ¿El que muere tranquilo ó el que mata perturbado? «¡Si está perturbado, matadle!» dicen aún los egoistas y los crueles. Si eso restableciera la tranquilidad, si eso evitara nuevos crímenes, sucumbiríamos ante el grito egoista; pero como ya es inconcusa verdad científica que, combatir los efectos dejando vivas las causas, es estúpidamente inútil, no podemos cesar en la cruzada emprendida por la sociología moderna. Suprimamos los gritos irraccionales de venganza que nos ensordecen hace muchos siglos. Así brotará la justicia que cuida de evitar la desgracia para siempre y entre tanto evita que tenga mayores consecuencias; busca el bien de víctimas y matadores, indemnizando á los primeros, curando á los segundos.

¡Justicia curativa, no vindicativa!

No nos sugestionan idilios optimistas, candores infantiles, ilusiones irrealizables, cristianismos trasnochados; los médicos nos llevan á un positivismo. Si en ese mundo penal á donde nos hemos asomado, para hacer más rudamente enérgico nuestro concepto de la justicia, (que por lo demás tiene un sentido universal, complejo, total), todo debe ir por el camino del bien, incluso el mal, en los demás mundos, económicos, socia-

© Biblioteca Nacional de España

les, civiles, familiares, obreros, esa justicia moderna sin penalidades, multas, costas, castigos, absolutismos, privilegios, inflexibilidades, se nos mostrará como la misma hermosísima Diosa antigua de la justicia, pero sonriente, arrojando á insondables abismos espada y balanza, impropias de sus blandas manos de mujer, acariciadora como una madre para todos, buenos y malos, amparadora del débil, sin humillarse, guiadora del ciego, sin maltratarle.

© Biblioteca Nacional de España

El Libro de Mónera.

Palabras de Mónera.

POR MARCELO SCHWOB

MÓNERA me encontró en la llanura porque erraba y me cogió de la mano.

—No te asombres—dijo—soy yo y no soy yo;

Me volverás á encontrar y me perderás;

Vendré otra vez entre vosotros, porque pocos hombres me han visto y ninguno me ha comprendido;

Y me olvidarás y me reconocerás y me olvidarás.

Y Mónera dijo aún:

—Yo te hablaré de las pequeñas prostitutas, y sabrás el comienzo.

Bonaparte el matador, á los dieciocho años, encontró bajo las puertas de hierro del Palacio Real á una pequeña prostituta. Tenía la tez pálida y tiritaba de frío. Pero «había que vivir» le dijo. Ni tú, ni yo, sabemos el nombre de esta infeliz que Bonaparte llevó, una noche de noviembre, á su cuarto del Hotel de

© Biblioteca Nacional de España

Cherbourg. Era de Nantes, en Bretaña. Estaba débil y cansada, y su amante acababa de abandonarla. Era sencilla y buena; su voz tenía un sonido muy dulce. Bonaparte recordaba todo esto. Y me figuro que más tarde el recuerdo de su voz le conmovía hasta llorar, y que la buscó largo tiempo, sin volverla á ver nunca, durante las noches de invierno.

Porque, ¿sabes? las pequeñas prostitutas no salen más que una vez de la multitud nocturna para una obra de bondad. La pobre Ana corrió hacia Thomas de Quincey, el comedor de ópio, agonizante en la ancha calle de Oxford, bajo los grandes faroles encendidos. Con los ojos húmedos le acercó á los labios un vaso de vino dulce, lo abrazó y lo confortó. Luego volvió á la noche. Quizás murió pronto. Tosía, dice Quincey, la última noche que la ví. Quizás vagaba aún por las calles; pero, á pesar de su busca apasionada, desafiando la risa de las gentes á que se dirigía, Ana se perdió para siempre. Cuando después tuvo una casa caliente pensó amenudo, con lágrimas, que la pobre Ana hubiera podido vivir allí, junto á él; y se la representaba enferma, ó moribunda, ó desolada, en la negrura central de un burdel de Londres, habiéndose llevado todo el amor compasivo de su corazón.

¡Ves!, lanzan un grito de compasión hacia vosotros, y os acarician la mano con su mano descarnada. No os compreden más que si sois desgraciados; lloran con vosotros y os consuelan. La pequeña Nelly vino hacia el forzado Dostoïevsky, fuera de su casa infame, y, moribunda de fiebre, le miró largo rato con sus grandes ojos negros temblorosos. La pequeña Sonia (como las otras, también ha existido) besó al asesino Rodion cuando hubo declarado su crimen. «¡Te has perdido!» dijo con acento desesperado. Y, levantándose súbitamente, se echó á su cuello y le besó... «¡No, no hay ahora sobre la tierra un hombre más desgraciado que

© Biblioteca Nacional de España

tú!» gritó en un impulso de piedad, y, de pronto, rompió á llorar.

Como Ana, y la que no tiene nombre y vino hacia el joven y triste Bonaparte, la pequeña Nelly se hundió en la bruma. Dostoïevsky no ha dicho lo que fué de la pequeña Sonia, pálida y descarnada. Ni tú ni yo sabemos si pudo ayudar hasta el fin á Raskolnikoff en su expiación. No lo creo. Se fué muy dulcemente, entre sus brazos, habiendo sufrido demasiado y demasiado amado.

Ninguna de ellas, ¿sabes? puede quedarse con vosotros. Estarían demasiado tristes, y tienen vergüenza de quedarse. Cuando dejais de llorar, no se atreven á miraros. Os enseñan la lección que tienen que enseñaros, y se van. Vienen á través del frío y la lluvia á besaros en la frente y á enjugar vuestros ojos, y las horribles tinieblas las recobran. Porque deben quizás ir á otra parte.

Sólo las conoceis mientras son compasivas. No debeis pensar en lo que han podido hacer en las tinieblas. Nelly en la horrible casa, Sonia borracha sobre un banco del paseo, Ana devolviendo la copa vacía al tabernero de una callejuela obscura, eran quizás crueles y obscenas. Son criaturas de carne. Salieron de un pozo sombrío para dar un beso de piedad bajo el farol encendido de la gran calle. En este momento, eran divinas.

Hay que olvidar todo el resto.

Mónera se calló y me miró:

—Yo he salido de la noche—dijo—y volveré á la noche. Porque, yo también, soy una pequeña prostituta.

Y Mónera dijo aún:

—Tengo lástima de tí, tengo lástima de tí, amado mío.

© Biblioteca Nacional de España

Sin embargo, volveré á la noche; porque es necesario que me pierdas antes de encontrarme otra vez. Y si me encuentras de nuevo, de nuevo te escaparé. Porque yo soy la que es única.

Y Mónera dijo aún:

—Porque soy única me darás el nombre de Mónera. Pero pensarás que tengo todos los otros nombres.

Y soy esta y aquella, y la que no tiene nombre.

Y te conduciré entre mis hermanas, que son yo misma, y semejantes á prostitutas sin inteligencia;

Y las verás atormentadas de egoismo y de voluptuosidad y de crueldad y de orgullo y de paciencia y de piedad, no habiéndose aún encontrado;

Y las verás ir á buscarse á lo lejos;

Y tú me encontrarás tú mismo y yo me encontraré yo misma; y tú me perderás y yo me perderé.

Porque yo soy la perdida apenas encontrada.

Y Mónera dijo aún:

—Ese día una mujer te tocará con la mano y huirá:

Porque todas las cosas son fugitivas; pero Mónera es la más fugitiva.

Y, antes de que me vuelvas á encontrar, yo te enseñaré en esta llanura, y escribirás el libro de Mónera.

Y Mónera me tendió una férula hueca en que ardía un filamento rosa.

—Toma esta antorcha—dijo—y quema. Quema todo en la tierra y en el cielo. Y rompe la férula y apágala cuando hayas quemado, porque nada debe ser transmitido;

A fin de que seas el segundo nartecóforo y destruyas con el fuego, y de que el fuego, que bajó del cielo, vuelva al cielo.

Y Mónera dijo aún:—Yo te hablaré de la destrucción.

© Biblioteca Nacional de España

He aquí la palabra: Destruye, destruye, destruye. Destruye en tí mismo, destruye al rededor tuyo. Haz sitio para tu alma y para las otras almas.

Destruye todo bien y todo mal. Los escombros son semejantes.

Destruye las antiguas habitaciones de hombres y las antiguas habitaciones de almas; las cosas muertas son espejos que deforman.

Destruye, porque toda creación viene de la destrucción.

Y para la bondad superior hay que aniquilar la bondad inferior. Y así el nuevo bien aparece saturado de mal.

Y para imaginar un arte nuevo hay que romper el arte antiguo. Y así el arte nuevo parece una especie de iconoclastia.

Porque toda construcción está hecha de restos, y sólo las formas son nuevas en este mundo.

Pero hay que destruir las formas.

Y Mónera dijo aún: —Yo te hablaré de la formación:

El mismo deseo de lo nuevo no es más que la apetencia del alma que desea formarse.

Y las almas rechazan las formas antiguas como las serpientes sus antiguas pieles.

Y los pacientes colectores de antiguas pieles de serpiente entristecen á las serpientes jóvenes porque tienen un poder mágico sobre ellas.

Porque el que posee las antiguas pieles de serpiente impide á las serpientes jóvenes transformarse.

Y por esto las serpientes despojan su cuerpo en el camino verde de una umbría profunda; y una vez al año se reunen en círculo las jóvenes para quemar las antiguas pieles.

© Biblioteca Nacional de España

Sé pues semejante á las estaciones destructoras y formadoras.

Edifica tu casa tú mismo y quémala tú mismo.

No arrojes escombros detrás de tí; que cada uno se sirva de sus propias ruinas.

No construyas en la noche pasada. Deja tus edificaciones huir á la deriva.

Contempla nuevas edificaciones en los menores impulsos de tu alma.

Para todo deseo nuevo, haz dioses nuevos.

Y Mónera dijo aún: — Yo te hablaré de los dioses.

Deja morir á los antiguos dioses; no te quedes sentado, como una plañidera junto á sus tumbas;

Porque los antiguos dioses vuelan de sus sepulcros;

Y no protejas á los dioses jóvenes, vendándolos;

Que todo dios vuele, apenas creado;

Que toda creación perezca, apenas creada;

Que el antiguo dios ofrezca su creación al dios joven para que la quiebre;

Que todo dios sea dios del momento.

Y Mónera dijo aún: — Yo te hablaré de los momentos.

Mira todo bajo el aspecto del momento.

Deja ir tu yo al grado del momento.

Piensa en el momento. Todo pensamiento que dura es contradicción.

Ama el momento. Todo amor que dura es odio.

Sé sincero con el momento. Toda sinceridad que dura es mentira.

Sé justo hacia el momento. Toda justicia que dura es injusticia.

Obra con respecto al momento. Toda acción que dura es un reino difunto.

© Biblioteca Nacional de España

Sé dichoso con el momento. Toda felicidad que dura es desgracia.

Ten respeto por todos los momentos, y no establezcas relaciones entre las cosas.

No retrases el momento: dejarías una agonía.

Mira: todo momento es una cuna y un ataud: que toda vida y toda muerte te parezcan extrañas y nuevas.

Y Mónera dijo aún: — Yo te hablaré de la vida y de la muerte.

Los momentos son semejantes á cañas medio blancas, medio negras;

No arregles tu vida por medio de dibujos hechos con las mitades blancas. Porque encontrarás en seguida los dibujos hechos con las mitades negras;

Que cada negrura sea atravesada por la espera del blancor futuro.

No digas: vivo ahora, moriré mañana. No dividas la realidad entre la vida y la muerte. Dí: ahora vivo y muero.

Agota en cada momento la totalidad positiva y negativa de las cosas.

La rosa de otoño dura una estación; cada mañana se abre; todas las tardes se cierra.

Sé semejante á las rosas: ofrece tus hojas á la extracción de las voluptuosidades, al pisoteo de los dolores.

Que todo extásis agonice en tí, que toda voluptuosidad desee morir.

Que todo dolor sea en tí el paso de un insecto que va á volar. No te cierres sobre el insecto roedor. No te enamores de estos cárabos negros.

Que toda alegría sea en tí el paso de un insecto que va á volar. No te cierres sobre el insecto libador. No te enamores de estas cetonias doradas.

© Biblioteca Nacional de España

Que toda inteligencia luzca y se apague en tí durante un relámpago.

Que tu felicidad sea dividida en chispazos. Así tu parte de alegría será igual á la de los demás.

Ten la contemplación atomística del universo.

No resistas á la naturaleza. No apoyes contra las cosas los pies de tu alma. Que tu alma no vuelva el rostro como el mal hijo.

Vé en paz con la luz roja de la mañana y la luz gris del atardecer. Sé el alba mezclada al crepúsculo.

Mezcla la muerte con la vida y divídelas en momentos.

No esperes la muerte: está en tí. Sé su camarada y estréchala contra tí; es como tú mismo.

Muere de tu muerte; no envidies las muertes antiguas. Varía los géneros de muerte con los géneros de vida.

Ten toda cosa incierta por viva, toda cosa cierta por muerta.

Y Mónera dijo aún: —Yo te hablaré de las cosas muertas.

Quema cuidadosamente los muertos, y esparce sus cenizas á los cuatro vientos del cielo.

Quema cuidadosamente las acciones pasadas, y aplasta las cenizas; porque el fénix que renaciese sería el mismo.

No juegues con los muertos y no acaricies sus rostros. No te rías de ellos ni llores sobre ellos: olvídalos.

No te fíes de las cosas pasadas. No te ocupes en construir bellos ataudes para los momentos pasados: piensa en matar los momentos que vendrán.

Ten desconfianza de todos los cadáveres.

No abraces á los muertos: porque ahogan á los vivos.

Ten por las cosas muertas el respeto que se debe á las piedras de edificar.

© Biblioteca Nacional de España

No manches tus manos á lo largo de las líneas usadas. Purifica tus dedos en aguas nuevas.

Expira el aliento de tu boca y no aspires los alientos muertos.

No contemples las vidas pasadas más que tu vida pasada. No colecciones envolturas vacías.

No lleves en ti cementerio. Los muertos dan la pestilencia.

Y Mónera dijo aún: — Yo te hablaré de tus acciones.

Que toda copa de arcilla transmitida se desmenuce entre tus manos. Rompe toda copa en que hayas bebido.

Sopla sobre la lámpara de vida que el corredor te tiende. Porque toda lámpara vieja es humosa.

No te legues nada á tí mismo, ni placer, ni dolor.

No seas el esclavo de vestido alguno, ni de alma, ni de cuerpo.

No pegues nunca con el mismo lado de la mano.

No te mires en la muerte; deja arrastrar tu imagen en el agua que corre.

Huye de las ruinas y no llores entre ellas.

Cuando te quites tus ropas por la noche, desnúdate de tu alma del día; quédate desnudo en todos los momentos.

Toda satisfacción te parecerá mortal. Fustígala antes.

No digieras los días pasados: aliméntate de las cosas futuras. No confieses las cosas pasadas, porque están muertas; confiesa ante tí las cosas futuras.

No desciendas á coger las flores del camino. Conténtate con toda apariencia. Pero abandona la apariencia, y no te vuelvas.

No te vuelvas nunca: detrás de tí avanza el palpitar de las llamas de Sodoma, y serías cambiado en estátua de lágrimas petrificadas.

No mires detrás de tí. No mires demasiado ante tí. Si miras en tí, que todo sea blanco.

© Biblioteca Nacional de España

No te asombres de nada por la comparación del recuerdo; asómbrate de todo por la novedad de la ignorancia.

Asómbrate de todo; porque todo es diferente en la vida y semejante en la muerte.

Edifica en las diferencias; destruye en las similitudes.

No te dirijas hacia permanencias; no existen ni en la tierra ni en el cielo.

La razón, siendo permanente, la destruirás y dejarás cambiar tu sensibilidad.

No temas contradecirte: no hay contradicción en el momento.

No ames tu dolor; porque no durará.

Considera tus uñas que crecen, y las escamillas de tu piel que caen.

Olvida todo.

Con un punzón acerado ocúpate en matar pacientemente tus recuerdos como el antiguo emperador mataba las moscas.

No hagas durar tu felicidad desde el recuerdo hasta el porvenir.

No recuerdes y no proveas.

No digas: trabajo para adquirir: trabajo para olvidar. Olvida la adquisición y el trabajo.

Rebélate contra todo trabajo; contra toda actividad que excede al momento, rebélate.

Que tu marcha no vaya de un extremo á otro; porque no existen; sino que cada uno de tus pasos sea una proyección rectificada.

Borra con tu pie izpuierdo la huella de tu pie derecho.

La mano derecha debe ignorar lo que acaba de hacer la mano derecha.

No te conozcas tu mismo.

© Biblioteca Nacional de España

No te preocupes de tu libertad: olvídate tu mismo.

Y Mónera dijo aún: —Yo te hablaré de mis palabras.

Las palabras son palabras mientras son habladas.
Las palabras conservadas están muertas y engendran la pestilencia.
Escucha mis palabras habladas y no obres según mis palabras escritas.

Habiendo hablado así en la llanura, Mónera calló y entristecióse; porque tenía que volver á la noche.

Y me dijo de lejos:

—Olvídame y te será devuelta.

Y miré la llanura y vi levantarse á las hermanas de Mónera.

(Ricardo Baeza traduxit.)

© Biblioteca Nacional de España

El velo.

POR J. ORTIZ DE PINEDO

Tras el velo moteado, tu cara se ilumina
con el brillo que esplenden tus ojos color mar;
se alumbra tras el velo tu cara marfilina,
más tu velo parece la sombra de un pesar.

Humea débilmente una taza de té
y tu mano en la mesa con neglicencia yace;
á través del *store* la arboleda se vé
y la tarde su muda poesía deshace.

La pluma de tu negro sombrero culebrea
grácil, cual si de un cisne fuese el cuello armonioso
y entre la espuma frágil del vestido se otea
tu pie, como un divino pájaro misterioso.

¿Vienes de pasear la Castellana en coche
ó acabas de vestirte para salir ahora?
¿Por qué contraes los labios con ligero reproche?
¿Qué idea te defrauda y un sueño te desflora?

¡Qué ilusión te es esquiva, que esperanza te miente?
Serenamente brillan tus ojos color mar,
más protesta en un gesto tu boca displicente
y tu velo parece la sombra de un pesar.

© Biblioteca Nacional de España

Tu velo, celosía divina de tu cara,
arroja sobre ella una sombra doliente,
tu velo, celosía de su tesoro avara,
te cubre como al sol la sombra del Poniente.

La mirada brillante que en tus ojos esplende
tu velo, caprichoso, se empeña apagar;
parece que tu velo tu tristeza comprende
y se obstina en celarte y en tu pena enlutar.

¿Acaso el madrigal frívolo de tu vida
sufre, traidoramente, la asechanza de un duelo?
¿Acaso en esta hora otoñal, desabrida,
estás viendo tu vida á través de tu velo?

¿Presientes una fría y torva lontananza?
¿Acaso ves marchitos tus sueños de mujer?
¿Temes el impasible, cruel reloj, que avanza
y hará mañana triste tu hermosura de ayer?

¿Son tus rosas de amor que se secan al viento?
¿Son tus risas nupciales que dejan de sonar?
¿Son castillos frustrados de países de cuento?
¿Son deseos ahogados de gemir y llorar?

Más protesta el esguince de tu boca pueril
y miras al dolor con ligero desdén
á través de tu velo, de la sombra de añil
de ese velo doliente que te sienta tan bien...

El madrigal riente de tu alma sin pesar
repugna toda pena, rechaza todo duelo;
pero sobre tus ojos de dulce color mar
es como una asechanza la sombra de tu velo.

© Biblioteca Nacional de España

Los amigos de siempre.

El que lo sabe todo.

POR EMILIANO RAMÍREZ-ANGEL

En el paraiso del Real; en el tendido «nueve», en el rincón del fondo, junto al mostrador, de todos los cafés; en el Circulo, en la redacción, en el taller y en los paseos por la calle de Alcalá, bulle siempre, ese feliz mortal, enciclopedia ambulante, parlante y regocijante, que alardea de saberlo todo.

¡Pobres de nosotros! Siendo la vida cable sutil que nos exije prodigios de funámbulo, se muestra, bajo la petulante seguridad de este hombre, ancha como una de esas calles que nos promete la Gran Vía. Por donde unos avanzan de puntillas, él camina á zancadas. ¿En qué lugares venderán esos zapatones que permiten andar sin tropiezos sobre las más pedregosas metafísicas?

El mundo está compuesto por dos mitades: una, de la gente que sabe mucho; otra de la que la escucha.

¿Qué sería del amigo que asegura saberlo todo si no

© Biblioteca Nacional de España

hubiera un grupo de personas predestinadas á soportarle? La soledad no fué nunca servidora de la sabiduría impertinente. Un pájaro puede romper su garganta en honor del timo, dentro de la verde entraña de un valle; pero ¿qué pedantuelo sabihondo de la *Maisón Dorée*, ó de la oficina, ó del tendido, ó del Ateneo se resigna á hablar sin el indispensable público?...

En estos lugares, sabemos de una manera definitiva que nuestra vida, humilde y simple, es un cuadro al que le falta siempre una pincelada ó una túnica rota que carece, á todas horas, de un remiendo.

El amigo que lo sabe todo tiene el inefable don de la ubicuidad. Nuestra opinión, bajo la insolente luz de la verdad, proyecta la sombra ridícula de una torpeza. Para nosotros, los que sabemos algo de nada, el discernimiento de lo Absoluto, de lo Definitivo nos está vedado. Nos removemos en la cueva del error y el amigo que lo sabe todo tiene el candil y hasta el plano de la cueva. Y como en la vida hay muchos dolores, nuestro amigo se encarga de torturarnos más cuando creemos saber algo, rectificándonos y tratando de convencernos de que no sabemos nada.

Este amigo, que, como antes dije, abunda en todas partes, acostumbra á poner «cátedra»; adopta gestos de hombre trascendental; viste bastante bien y cuando marcha entre sus oyentes, por la calle, está en medio como un campanario de iglesia en un pueblo, ó un suspiro de tenorio entre dos embusterías.

Los demás le oyen con religioso respeto; por la calle le anuncian el primer coche que llega, para que se retire y no le atropelle; en la oficina le avisan cuando llega el jefe. El hábito de escuchar hace atentos y serviciales á los hombres: este es un elemento de domesticación que deben tener muy presentes los sociólogos. Claro está, que no puedo referirme á un mitin de política ni á un teatro de sicalipsis porque en estos sitios

© Biblioteca Nacional de España

los espectadores se animalizan un poco más. Y si el lector no queda enterado de lo que apunto, pregunte á ese amigo suyo, doctorado en todas las asignaturas.

—¿Sabes que voy á casarme?—le decimos una vez, ya de madrugada, antes de acostarnos.

Nuestro amigo tiene un gesto trágico.

—Ya te arrepentirás.

—Lo sé—le replicamos;—pero á mi me va á ir bien.

—¡Quiá!—y el humo sale de sus narices con insolencia, deshaciéndose en volutas impertinentes—¿Tiene madre tu novia?—agrega.

—Sí; es una buena mujer; me quiere mucho.

—¡Qué te va á querer! Pura farsa. Eso es ahora. Mañana...

—Hombre, te aseguro que mi futura suegra...

—¡Mañana!... insiste él;—Mañana será lo contrario. ¡Si lo sabré yo!...

Nosotros creemos que, así como á lo mejor hay comidas de abonos que resultan magníficas, existen suegras que pueden ser soportables. Pero al amigo que lo sabe todo no se le puede replicar.

Si le hablamos de música, rectificación al canto.

—He oído la «quinta» de Beethoven. ¡Chico, qué inmensa!

—No está mal. Pero es mucho mejor la tercera. ¡Oh, esa *patética*!

—Sin embargo...

—No seas majadero. La *patética* es la mejor.—Y cita un rosario de fulanos alemanes y de menganos franceses que así lo aseguran, para convencernos de que, en efecto, «no somos nadie»...

Nuestro amigo está al tanto de todo. Sistemáticamente nos contradice, alegando que el sabe esto y lo de más allá con datos, al parecer, irrebatibles.

Se habla de muebles; él conoce los estilos mejores.

© Biblioteca Nacional de España

—Hombre—decimos en la oficina—Ayer ví una mesa escritorio Luis XV, de madera rosa, verdaderamente soberbia.

—¡Bah! Yo conozco muebles estilo Imperio mucho mejores.

Durante el primer Imperio hubo un florecimiento extraordinario en el arte de la ebanistería. La casa Jacob que...

En vano se replica, contradice y expone la indiscutible fuerza del gusto propio. El amigo lo sabe todo y tiene unos pulmones de hierro colado.

Ocurre, con triste frecuencia que este personaje se equivoca, confunde nombres, escuelas y épocas. No importa; él es indiscutible y está tan seguro en complicaciones psicológicas como en añagazas de partido político. Tiene noticia de la parentela, las debilidades y los vicios de los grandes hombres; sabe de Historia y de tresillo; conoce la Arqueología y los hoteles donde hacen mejor la langosta con mayonesa; habla de las estocadas de *Frascuelo* y de los pechos de la *Fornarina;* está enterado de por qué no vienen los liberales y á quien plagia el novísimo poeta Alejandrinez; danza por los saloncillos de los teatros, por los pasillos del Congreso, por las redacciones; conoce á Teodoro, (el del Ateneo) á Ciriaco (el del Círculo) á Fanosa (el del teatro Cómico) á Concha (la de la taberna de Arlabán) y á todos los Pepes de los cafés y los Manolos de los «puntos» y las Enriquetas de las calles y toda clase de bocadillos, embutidos y brevajes de los cien mil *bierhalls* que hay en Madrid...

Como, seguramente, entra gratis en todas partes y conoce los pseudónimos de todos los escritores y sabe cuándo le duelen las muelas á *Machaco* y cuándo va á hacer otro episodio *Don Benito*.

En el café, el camarero se sonríe maliciosamente al servirle su *vermouth* ó su solomillo con patatas; en la

© Biblioteca Nacional de España

oficina los compañeros murmuran de este hombre aprovechando sus ausencias...

Pero él triunfa y los demás le soportan. Somos muy españoles; los que hablan de todo y los que se conforman con todo. Así se devengan sueldos y se amortizan medias tostadas.

De lo contrario ¿para qué servirán esos locales horribles con violinistas, que se llaman cafés, y esos locales con jefes, que se llaman Negociados?...

EL AMIGO DE CASA

Los padres tienen, también, sus amigos. Nosotros, los hijos, llegamos á conocerlos cuando son cincuentones cuando no hablan de mujeres ni de zambras, sino del reuma y de los conservadores.

Tosen, gruñen, abriendo abundantes pausas. De vez en vez, por sus ojos y por sus labios, cruza un rezago de su juventud, muerta; algún fulgor violento, alguna palabra, encendida y brilladora como un cohete.

La cabeza, monda, habla de una romántica media melena que seguramente alisaron manos enamoradas de mujer. Y cuanto más se duele de dolencias físicas este amigo de casa, más fervientemente le admiramos. Ante aquel pertinaz lamento, ha de evocarse una mocedad bizarra, mujeriega y cascabeleante, que cantó aires de *El salto del pasiego*, ó de *La favorita;* vibró, enardecida, ante los cancanes de *Capellanes*, y exaltada, comentó las hecatombes de la segunda guerra civil y los discursos de Castelar.

Ahora, el amigo de la casa sale muy poco de la suya. Es alto, anguloso, y lleva los bigotes bien retorcidos con cosmético; ó es bajo y regordete, usa

© Biblioteca Nacional de España

«mosca» y está casado con una mujer, opuesta de estatura, que debió de ser hermosa, pero que ya tiene el rostro amarillo, lenta la voz, y un ténue nimbo de cansancio en toda su figura.

Este amigo, á quien nuestros padres aman fraternamente, vive, como algunos viejos de otras edades, con un perro, que no es precisamente galgo—ahora no se hacen retratos así más que por algún pintor romántico—sino lo más perdiguero posible.

La casa—la pesca también—es un deporte que sugestiona al amigo de casa. Todos los domingos sale al campo, á la sierra, por tierras de Torrelodones y su pintoresca contornada. El nos lo refiere, bien acomodado en el sillón que le ofreciéramos. Nosotros le escuchamos atentamente, seducidos con aquella narración que, aunque lo nieguen, aburre á nuestras hermanas lindamente.

Va de «liebres» ó «de perdices». Su indumentaria es de una complicación teatral para aquel escenario augusto de la sierra que por candilejas tiene el velón aúreo del sol. Su mujer se encarga del cuidado de todos estos enseres, convencida dulcemente, en el fondo, de que su marido, como todos los cazadores, es un benditísimo ciflado.

Pero preferible es todo ello á que su esposo sea asiduo visitante de *music-hallas*, ó persiga con menos disculpables ardores, á las aprendicillas de obrador, ó juegue al dominó en una tertulia ó toque una corneta los domingos, en la plaza de toros, cuando un matador «no se luce».

En casa le escuchamos religiosamente. Con frecuencia se entromete la mujer, arriesgando, desde el punto de vista humorístico, la crítica de tal excursión al campo ó al río.

Y comenta sus embustes de cazador, sus gastos excesivos; que si el perro está malo; que si el perro en-

© Biblioteca Nacional de España

sucia ó rompe, y asusta, con sus ladridos, á la pobre gata; que si hay que hacer cartuchos; que si preparar a merienda; que si no duerme tranquila, recordando la excursión aquella en donde un compañero mató de una perdigonada á su perro y por poco desfigura á un guarda...

Otras veces, si el amigo va de pesca, la mujer refiere también sus quebrantos que el esposo escucha impasible. Ya son los gusanos de carne, que la sirviente fué á comprar en una tienda de carne, que la sirviente fué á comprar en una tienda de curtidos, y al poco tiempo se trasformaron en moscas—unas moscas horribles y grandes—qne invadieron todas las habitaciones de la casa. Ya son los anzuelos; el despertar de madrugada al esposo; el verle regresar con un solo pececillo; el soportar sus inacabables maldiciones por que en tal parte del río «no picaban», ó se había anticipado un compañero á ocupar el puesto más codiciado.

¡Divina memoria de Guy de Maupassant!

Y todo esto ameniza el rato, por que pavorosas son las noches en que viene el amigo de casa para quejarse del reuma ó del estómago.

Entonces, el aspecto de la charla es tétrico. Todo se reduce á citar balnearios y aguas medicinales. Y el enfermo habla desolado, bajo la melancolía que derrama esa intuición de que su dolencia no tiene cura y de que tanto da beber en el manantial del Norte como en el del Sur.

Pero nosotros debemos dulces glosas á este amigo, buenote, franco, que algunas veces ha sacado de apuros á nuestros padres, cuando soplaban vientos de dolor.

El nunca falta, á despecho de sus dolencias ó de sus chifladuras cinegéticas.

El acude cuando el calendario lo marca, á felicitar á los de casa, con un regalito que entrega discretamente.

© Biblioteca Nacional de España

El se presenta en las fiestas tradicionales. Todas las Navidades suena el timbre que anuncia á este hombre, eternamente acompañado por su mujer. Y aún, de tarde en tarde, tienen humor para recordar sus buenos tiempos, y dolerse de los actuales y comentar el último crimen y celebrar cierto bromazo estupendo que dieron á un amigo cuando eran jóvenes.

Más aún. A pesar de las suaves ironías de su esposa, se da el caso gratísimo de que la criada traiga una liebre ó un par de perdices. Las envía este buen amigo, cazadas por él—palabra de honor—á golpe de perdigones, sin esa complicidad del reclamo ó del hurón, que desdeña soberanamente.

Y nuestros padres tornan á comentar amablemente las hazañas de este buen hombre, cuando ya, luego de la cena, les va entrando el sueño. Piensan en él, con suave amor. Le imaginan escopeta en mano, sudoroso, saltando lomas, bajando cerros, tropezando con pedruscos, en busca de una inquieta perdiz para tener el gusto de derribarla de un tiro, abonar puertas, contemplarla un momento con amor... y regalarla después, á algún amigo absurdo que guste de comérsela con tranquilidad y con estofado.

© Biblioteca Nacional de España

Por un poeta olvidado.

Eulogio Florentino Sanz.

POR NICASIO HERNÁNDEZ LUQUERO

OY á hablar de un hombre extraordinario nacido en una vieja ciudad castellana, de esto ochenta y cuatro años corridos y cuyo veintiocho aniversario de su muerte transcurrió en el silencio de la gran prensa española á la que el dió tanto brillo muy pertéritamente, el día 29 de este mes de abril que corre. Es de aquel romántico orgulloso y original poeta que escribiera el *Don Francisco de Quevedo*, de Eulogio Florentino Sanz.

A su fallecimiento solo alguna gacetilla de contados regloncejos pidió hospitalidad en las columnas de los diarios y después se hizo casi el silencio en redor de su memoria.

No lo merece ciertamente la del esclarecido poeta que fué diplomático y fué gran periodista, corrector de estilo de aquel *Español* que dirigió Don Andrés Borrego y que va unido á tantas páginas de la historia de la política española y antes de ser todo esto, fué,

© Biblioteca Nacional de España

lejos de la tutela de un tío suyo, de agrio carácter y de asaz seca condición, un pícaro que rompió en una noche todos los cristales de la plaza Mayor de Valladolid porque hallara trabajo el padre de su novia que era vidriero y hubiera paz en aquella casa de cuya reja alta, arrancará á su dama mil promesas de amor empinado en un banquillo que llevaba á prevención bajo su capa remendada de hidalgüelo pobre y jovial.

No le merecía, y sin embargo, á excepción del poeta Emilio Carrere que tantos puntos de contacto tiene en su vida andariega de campeón del Ideal con la bohemia de los primeros y de los últimos años de la vida de Florentino no se que haya exhumado su memoria por los profesionales de las letras aquí en Madrid sino es para transcribir y no siempre con la consignación del nombre de su autor glorioso, aquella altiva frase con que contestó á una pregunta vacua é impertinente del conde de Esterhazy en un banquete de Berlín donde era por España encargado de Negocios el poeta.

—Los poetas, señor conde—dijo en voz alta en el buen alemán de Heine su admirador y á quien tan magistralmente vertió á la lengua castellana—servimos para todo lo que ustedes y además hacemos versos.

Fuera de aquí, en Arévalo, su pueblo, se le recordó entusiásticamente por cuatro plumas humildes en un extraordinario á *El Despertar* que era también una flor romántica en pleno ambiente de prosaísmo después sólo en marzo del pasado año *El País* dedicó una de sus *Semanas teatrales* de los lunes á decir algo de aquella vida suya á ruego generosamente atendido en aquella redacción de mi amigo Pérez Serrano, como el autor de estas líneas admirador devoto y paisano del poeta.

Eulogio Florentino Sanz vivió en aquella época por nosotros columbrada lejanamente en que dos hombres cruzaban el brillo de sus aceros en el oscuro recoveco de una encrucijada por los ojos de una bella y bajo el

© Biblioteca Nacional de España

rayo siniestro y clareante de la luna, paseó su melena romántica por cenáculos literarios y por saloncillos de teatros y en unos y otros su orgullo natural y su altivez castellana tenían un gesto bello y de consciencia del propio valer.

—Si es bueno se hará—dijéronle de su drama *Don Francisco de Quevedo* al entregarle en el antiguo teatro del Príncipe.

—Entonces se hará—contestó secamente Florentino dejando el manuscrito.

Y la noche del estreno, que lo fué la del beneficio de Julián Romea, el 1.° de febrero de 1848 se vió llevado á casa entre antorchas en medio de un gran entusiasmo.

Era altivamente noble con su figura escueta, su indumento descuidado á las veces, de intachable frac azul de la época otras, y su melena abundante, como aquellas que aureolaron las faces soñadoras de tantos rimadores—Becquer, Zorrilla, Musset, Heine, el tan comprendido de Florentino—y que á la del vate arevalense daba un tinte audaz y decidido de Quijote. . .

. . . . . .

Yo, en este aniversario temo proponer cosas mayores me limito á honrar su memoria pobremente, de la única manera que me es dable, desde esta revista juvenil y brava y á recordar á muchísimos intelectuales que no está aún lontano el tiempo en que paseó por este Madrid sus altiveces y sus lirismos un hombre de carácter extraordinario llamado Eulogio Florentino Sanz, que nació en una ancha ciudad castellana aún paramentada tras unas viejas y rotas murallas donde un reloj secular todavía deja caer lentas, las cien campanadas de la ~~Ave-Mª~~ á prima hora de la noche y que fué autor de *Don Francisco de Quevedo*, *Achaques de la vejez*, *La escarcela y el puñal* y compuso para ornato de las antologías posteriores este par de poesías: *El color de los ojos y La Epistola á Pedro.*

© Biblioteca Nacional de España

Fundación y manifiesto

del FUTURISMO

POR F. T. MARINETTI

ABÍAMOS velado insomnes toda la noche—mis amigos y yo—bajo los lampadarios de cobre en cuyas cúpulas lucía como en nuestro espíritu un corazón eléctrico. Aherrojada nuestra pereza, discutíamos en los confines extremos de la lógica y preñábamos cuartillas y cuartillas con frenética exaltación.

Un inmenso orgullo nos hinchaba el pecho y nos sentíamos erguidos y solos como faros ó como centinelas en la avanzada, de frente al ejército estelar nuestro enemigo, acampado en su vivac celeste. Solos con los fogoneros en las entrañas fulmíneas de los grandes navíos, solos con los negros fantasmas que se abaten en el vientre rojo, incendiado, de las histéricas locomotoras, solos con esos seres embriagados que pegan con sus alas en los muros.

Cuando de pronto, bruscamente nos ha distraido el

© Biblioteca Nacional de España

rodar de los enormes tranvías de doble piso que pasan sonantes, con sobresalto, rebosando luz, semejando un caserío en plena fiesta, al que el Po, desbordado, musculoso, exterminará de pronto para arrastrarlo después en el remolino y en las marejadas de un diluvio, hasta el mar.

Después el silencio se ha agravado. Se ha percibido sólo la oración extenuada del viejo canal y el rechinar de los huesos de los viejos palacios, moribundos bajo el *bello* húmedo y verde de su fachada y de sus losas.

—¡Vamos!—dije á mis amigos—¡Partamos! Al fin la Mitología y el Ideal místico han sido sobrepujados. Vamos á asistir al nacimiento del Centauro y veremos volar los primeros Angeles.

¡Es necesario abatir forzudamente las puertas de la vida para probar sus goznes y sus cerrojos! Partamos! He aquí el primer sol elevándose sobre la tierra... Nada iguala el esplendor de su roja espada, esgrimida por primera vez en nuestras tinieblas milenarias.

Nos acercamos á las tres máquinas jadeantes para persuadir su corazón Yo me alargué sobre la mía como un cadáver en su ataud, pero resucité en seguida bajo el volante—cuchilla de guillotina—que amenazaba mi estómago.

La gran escoba de la locura nos arrancó á nosotros mismos lanzándonos á través de las avenidas más escarpadas y profundas como torrentes deshechos. Aquí y acullá luces sórdidas, nos querían enseñar el desprecio á la falaz matemática de nuestras concepciones.

—El olfato—gritábales—el olfato les basta á las fieras.

Cazamos, como jóvenes leones á la Muerte de negro pelaje manchado de pálidas cruces, cuando se nos apareció viva y posesa, sobre el vasto cielo violáceo.

¡Oh! ¡Qué bien! ¡Ya no teníamos ninguna Señora ideal, de esas altas hasta las nubes, ni ninguna reina

© Biblioteca Nacional de España

cruel á quien ofrecer nuestros cadáveres á guisa de anillos bizantinos!

¡No teníamos ninguna predilección por la muerte, á no ser el deseo de desembarazarnos de nuestro pesado y recio coraje!

Seguimos arrasando todos los perros guardianes, aplastándoles bajo los neumáticos, enrollándoles, como á los cuellos postizos una plancha.

La muerte acariciante y servil se me adelantaba á cada paso y en todos los recodos, ofreciéndome galantemente la pata. Se tendía sobre el camino con un ruido de huesos dislocados y estridentes, y me lanzaba miradas aterciopeladas desde el fondo de sus cuencas.

—¡Abandonemos la sabiduría—exclamé de nuevo—como ganga inútil y perjudicial! ¡Invadamos como un fruto pimentado de orgullo y de entereza, las fauces inmensas del viento! ¡Démosnos á comer á lo desconocido no por desesperación, sino simplemente para enriquecer los insondables reservorios del absurdo!

Después de decir esas palabras viré bruscamente sobre mi mismo con la fiebre loca, desposeída, de los perros que se muerden la cola, cuando he aquí que dos ciclistas comienzan á discutirme con razonamientos persuasivos y contradictorios. ¡Su dilema lanzado sobre mi terreno! ¡Qué fastidio! ¡Puah! Corté por lo sano, y hastiado... ¡Paf!... me arrojé de cabeza á un foso...

¡Oh! ¡Maternal foso medio lleno de agua fangosa! ¡Foso de fábrica! ¡Yo he saboreado glotonamente tu lodo fortificante que me recuerda las mamas negras de mi nodriza sudanesa!

Así, arrojado mi cuerpo mal oliente y fangoso, he sentido á la espada roja de la alegría atravesarme deliciosamente el corazón.

Una turba de pescadores de caña y de naturalistas *podagreux* se reunieron espantados alrededor del prodigio. Con un espíritu cazurro y relapso, procuraron

© Biblioteca Nacional de España

por todos los medios, valiéndose de unos grandes arpones de hierro, pescar mi automóvil, parecido á un gran tiburón estancado.

Entonces surgió otra vez de la fosa abandonando su pesada carga de buen sentido y su mórbido y confortable enguatado.

Se le hubiera creido muerto, á mi buen tiburón, pero con solo una caricia sobre su lomo todo-poderoso ha resucitado y hele ya corriendo con toda velocidad sobre sus aletas.

Entonces, al fin, el rostro cubierto del cieno de las fábricas, lleno de escorias de metal, de sudores inútiles y de hollín celeste, llevando los brazos en cabestrillo, entre el lamento de los pescadores con caña y de los naturalistas afligidos, dictamos nuestras primeras voluntades á todos los hombres *vivientes* de la tierra.

Manifiesto del Futurismo.

I. Queremos cantar el amor al peligro, á la fuerza y á la temeridad.

II. Los elementos capitales de nuestra poesía, serán el coraje, la audacia y la rebelión.

III. Contrastando con la literatura que ha magnificado hasta hoy la inmovilidad de pensamiento, el extásis y el sueño, nosotros vamos á glorificar el movimiento agresivo, el insomnio febriciente, el paso gimnástico, el salto arriesgado, la bofetada y el puñetazo.

IV. Declaramos que el esplendor del mundo se ha

© Biblioteca Nacional de España

enriquecido de una belleza nueva: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carrera con su vientre ornado de gruesas tuberías, parecidas á serpientes de aliento explosivo y furioso... un automóvil que parece correr sobre metralla, es más hermoso que la *Victoria de Samotrhacia*.

V. Queremos cantar al hombre que es dueño del volante cuyo eje ideal atraviesa la Tierra lanzada sobre el circuito de su órbita.

VI. Es necesario que el poeta se desviva, con ardor, con fuego, con prodigalidad por aumentar el fervor entusiasta de los elementos primordiales, su ignición.

VII. No hay belleza más que en la lucha. No debe admitirse un jefe de escuela si no tiene un carácter recalcitrantemente agresivo. La poesía debe ser un asalto violento contra las fuerzas anónimas y desconocidas para hacerlas que se inclinen ante el hombre.

VIII. ¡Estamos sobre el promontorio extremo de los siglos! ¿A qué mirar detrás de nosotros, que es como ahondar en la misteriosa alforja de lo imposible? El Tiempo y el Espacio han muerto. Vivimos ya en el Absoluto, puesto que hemos creado la celeridad omnipresente.

IX. Queremos glorificar la guerra—única higiene del mundo—el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas ideas que matan y el desprecio á la mujer.

X. Queremos demoler los museos, las bibliotecas, combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias.

XI. Cantaremos á las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, el placer ó la rebeldía, las resacas multicolores y polifonas de las revoluciones en las

© Biblioteca Nacional de España

capitales modernas: la vibración nocturna de los arsenales y de los almacenes bajo sus violentas lunas eléctricas, las estaciones ahitas, pobladas de serpientes atezadas y humosas, las fábricas suspendidas de las nubes por el bramante de sus chimeneas; los puentes parecidos á el salto de un gigante sobre la cuchillería diabólica y mortal de los ríos, los barcos aventureros olfateando siempre el horizonte, las locomotivas en su gran chiquero, que piafan sobre los railes, bridadas por largos tubos fatalizados, y el vuelo alto de los aeroplanos, en los que la hélice tiene chasquidos de banderolas y de salvas de aplausos, salvas calurosas de cien muchedumbres.

Lanzamos en Italia este manifiesto de heróica violencia y de incendiarios incentivos, porque queremos librarla de su gangrena de profesores, arqueólogos y cicerones.

Italia ha sido durante mucho tiempo el mercado de los chalanes. Queremos librarla de los innumerables museos que la cubren de innumerables cementerios.

¡Museos, cementerios! ¡Tan idénticos en su siniestro acodamiento de cuerpos que no se distinguen! Dormitorios públicos donde se duerme siempre junto á seres odiados ó desconocidos. Ferocidad recíproca de pintores y escultores matándose á golpes de línea y de color en el mismo museo.

¡Qué se les haga una visita cada año como quien va á visitar á sus muertos llegaremos á justificarlo!... ¡Qué se depositen flores una vez por año á los pies de la *Joconda* también lo concebimos!... ¡Pero ir á pasear cuotidianamente á los museos, nuestras tristezas, nuestras frágiles decepciones, nuestra cólera ó nuestra inquietud, no lo admitimos!

¿Queréis emponzoñaros? ¿Queréis podriros? ¿Qué podréis encontrar en un anciano cuadro si no es la con-

© Biblioteca Nacional de España

torsión penosa del artista esforzándose por romper las barreras infranqueables de su deseo de expresar enteramente su sueño?

Admirar una vieja obra de arte es verter nuestra sensibilidad en una urna funeraria en lugar de emplearla más allá en un derrotero inaudito, en violentas empresas de creacción y acción. ¡Queréis malvender así vuestras mejores fuerzas en una admiracion inútil del pasado de la que saldréis aciagamente consumidos, achicados y pateados?

En verdad que la frecuentación cuotidiana de los museos, de las bibliotecas y de las academias (¡esos cementerios de esfuerzos perdidos, esos calvarios de sueños crucificados, esos registros de impetuosidades *rotas..!*) es para los artistas lo que la tutela prolongada de los parientes para los jóvenes de inteligencia, esfervecidos de talento y de voluntad.

Sin embargo, para los moribundos, para los inválidos y para los prisioneros, puede ser bálsamo de sus heridas el admirable pasado, ya que el porvenir les está prohibido... ¡Pero nosotros no, no le queremos, nosotros los jóvenes, los fuertes y los vivientes *futuristas!*

¡Con nosotros vienen los buenos incendiariarios con los dedos carbonizados! ¡Heles aquí! ¡Heles aquí! ¡Prended fuego en las estanterías de las bibliotecas! ¡Desarraigad el curso de los canales para inundar los sótanos de los museos! ¡Oh! ¡Qué naden á la deriva los cuadros gloriosos! ¡Sean nuestros los azadones y los martillos! ¡Minemos los cimientos de las ciudades venerables!...

Los más viejos entre nosotros no tienen todavía treinta años; por eso nos resta todavía toda una década para cumplir nuestro programa. ¡Cuando tengamos cuarenta años que otros más jóvenes y más videntes

© Biblioteca Nacional de España

nos arrojen al desván como manuscritos inútiles!... Vendrán contra nosotros de muy lejos, de todas partes, saltando sobre la ligera cadencia de sus primeros poemas, agarrando el aire con sus dedos ganchudos, y respirando á las puertas de las Academias el buen olor de nuestros espíritus podridos, ya destinados á las sórdidas catacumbas de las bibliotecas!...

Pero no, nosotros no iremos nunca allá. Los nuevos adelantos nos encontrarán al fin, una noche de invierno, en plena campiña, bajo un doliente tinglado combatido por la lluvia, acurrucados cerca de nuestros aereoplanos trepidantes, en acción de calentarnos las manos en la fogata miserable que nutrirán nuestros libros de hoy ardiendo alegremente bajo el vuelo luminoso de sus imágenes.

Se amotinarán al rededor de nosotros, desbordando despecho, exasperados por nuestro coraje infatigable, y se lanzarán á matarnos con tanto más denuedo y odio, cuanto mayores sean la admiración y el amor que nos tengan en sus entrañas.

Y la fuerte y sana injusticia estallará radiosamente en sus ojos. Y estará bien. Porque el arte no puede ser más que violencia, injusticia y crueldad.

Los más viejos de entre nosotros no tenemos aún treinta años, y por lo tanto hemos despilfarrado ya grandes tesoros de amor, de fuerza, de coraje y de dura voluntad, con precipitación, con delirio, sin cuenta, sin perder el aliento, á manos llenas.

¡Miradnos! ¡No estamos sofocados! ¡Nuestro corazón no siente la más ligera fatiga! ¡Está nutrido de fuego, de valor y de velocidad! ¿Esto os asombra? ¡Es que vosotros no os acordáis de haber vencido nunca!

¡En pie sobre la cima del mundo arrojamos nuestro reto á las estrellas!

© Biblioteca Nacional de España

¿Vuestras objeciones? ¡Basta! ¡Basta! ¡Las conocemos! ¡Son las consabidas! ¡Pero estamos bien cerciorados de lo que nuestra bella y falsa inteligencia nos afirma!

—Nosotros no somos—decís—más que el resumen y la prolongación de nuestros antepasados.

¡Puede ser! ¡Sea! ¿Y qué importa? ¡Es que nosotros no queremos escuchar! ¡Guardaros de repetir vuestras infames palabras! ¡Levantad, más bien, la cabeza!

¡En pie sobre la cima del mundo lanzamos una vez más el reto á las estrellas!

(Traducción de R. G. S.)

© Biblioteca Nacional de España

La justicia.

(PENSAMIENTO DE MAX STIRNER)

VARIOS suscriptores del Viso nos piden que publiquemos escritos de los grandes pensadores de Europa. Venimos haciéndolo así, y perseveraremos para agradar á nuestros lectores.

De la famosa obra *El único y su propiedad* publicada en 1845.

«Welcker habla de la falta de independencia de los jueces y pronuncia todo un discurso para demostrar que magistrados destituibles, trasladables y jubilables, ó en otros términos expuestos á verse despedidos, y dejados á pie en vía administrativa, pierden toda autoridad y todo crédito; el pueblo les rehusa su respeto y su confianza. «¡Toda la magistratura—exclama Welcker—está desmoralizada por esta dependencia!» Para quien sabe leer entre líneas, eso quiere decir que los administradores de la justicia hallan que les tiene mejor cuenta pronunciar un fallo conforme á las intenciones ministeriales que atenerse al sentido de la ley. ¿Cómo remediarlo? ¿Se podrá tal vez hacer sentir á los jueces todo lo que su venalidad tiene de ignominioso, con la esperanza de verlos volver en sí, y poner en adelante la justicia por cima de su egoismo? ¡Ay, no! El pueblo no se eleva á tan novelesca confianza, siente demasiado bien que el egoismo es el más poderoso de todos los motivos.»

© Biblioteca Nacional de España

Política.

POR JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

DESDE EL ESCENARIO

CONFIESO que la almósfera de pasión en que se agita la política, las frases provocativas del Sr. Maura, los hechos insólitos que están ocurriendo, pusieron al rojo mi pluma en la crónica anterior. Olvidé convencionalismos, que sigo creyendo debieramos suprimir todos, pero que respetaré entre tanto, atemperándome al ambiente.

La verdadera causa de aquellas líneas duras, estuvo sin embargo en que fueron trazadas desde el escenario político, y no en la butaca de la crítica. Entre bambalinas, codeándome con los actores, el *Otelo* que vociferaba «yo soy yo» lo veía embadurnado groseramente de negro, las manos sucias, los pies embarrados; la *Desdémona* reaccionaria que morirá pronto en las manos inconscientes de su ardoroso amador, y que de lejos parecía casi divina, es fea, vieja y odiosa; *Yago*,

© Biblioteca Nacional de España

simpático desde fuera con sus buclecillos, á veces tenía terrible nariz senatorial, otras barba de conspirador hacendista...

Siendo todo igual, es todo contrario al aproximarse. Había para enfurecerse ante las impurezas de la realidad.

Pero vuelvo á mi butaca, calmo mis nervios, dispuesto á tomar por palacios, roñosas percalinas medioevales, por *negro* legítimo, al negro de farsa, por mujer ideal á la vieja *trota-conventos*, por canal veneciano, al canal de Isabel II, y por buena compañía de cómicos, la beatífica *Compañía* de... gobernantes conservadores.

¡Pronto caerá el telón!

ACUMULANDO ELECTRICIDAD

Nuestra famosa *escuadra* que nunca ha existido, pero que ha costado ya al país mil millones de pesetas en tiempo de Cánovas y que inicia ahora Maura con doscientos, dió lugar á la famosa *sesión histórica*, con su derroche retórico estupendo. Parecía que iba á emprenderse una obra nacional, en que nada se haría *sin el acuerdo de todos* los que cantaron aquel himno patriótico,

Pero las sencillas oposiciones fueron defraudadas: para *obtener* los doscientos millones, (pues de otro modo no se hubieran conseguido) la obra esa nacional, se necesitaba del acuerdo de todos, la mayoría aplaudió frenéticamente á cuantos discursearon. Para *emplear* el dinero la obra dejó de ser nacional, y de todos los partidos. Maura *solo* hizo la adjudicación á Comillas Vickers, 48 horas antes de reunir las Cortes para que

© Biblioteca Nacional de España

la concesión fuera ya inevitable, para que la discusión y los acuerdos de los partidos fueran coplas de Calaínos.

Y por si tenían la energía de anular lo hecho, se fijaron tales indemnizaciones á Vickers, que la rescisión tenía que espantar al Parlamento.

Se dieron dos vueltas á la llave.

Para acumular electricidad sin tener en cuenta que sería mayor el estallido de la cólera general.

Agréguese que el Ministro S. Pedro, el Subsecretario Moral de Calatrava, futuro consuegro de Maura, y varios diputados de la mayoría, (la tertulia de comedor) son consejeros de sociedades con participación en la concesión de la escuadra, y se comprenderá el grado de la presión electrica.

Leánse estas palabras del Sr. Urzaiz:

«La adjudicación de la escuadra se ha hecho á favor de una Sociedad que se llama Sociedad Española de Construcción naval; esto es un hecho público y oficial. Á constituir esa Sociedad han entrado la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya y el Banco de Castilla, entre otras entidades. Esa Sociedad se constituyó el 18 de agosto de 1908, con cláusula de condición suspensiva, que consistía en decir: si el Gobierno nos adjudica la construcción de la escuadra, nos constituiremos, y si no, no: la Sociedad nombró una Comisión gestora, para procurar que el Gobierno adjudicara á esa Sociedad que se había de formar la construcción de la escuadra.

Y yo pregunto: el Sr. Rodríguez San Pedro, ministro de Instrucción pública. ¿Es consejero de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya? El señor conde del Moral de Calatrava, subsecretario del ministerio de la Gobernación. ¿Es consejero de administración de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya?

Sigo preguntando al Gobierno. El señor conde del

© Biblioteca Nacional de España

Moral de Calatrava. ¿Es presidente del Consejo de Administración del Banco de Castilla, además de consejero de Administración de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya? El Sr. Ibarra, diputado á Cortes. ¿Es consejero de Administración de la Sociedad Española de Construcción Naval é individuo de la Comisión gestora nombrada por esa entidad y consejero de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya? El Sr. Conde de Zubiría, diputado á Cortes. ¿Es presidente del Consejo de Administración de la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya.

Ya he dicho que esta Sociedad y el Banco de Castilla entraron á constituir la Sociedad Española de Construcción Naval, á quien se ha adjudicado la construcción de la escuadra.»

EL PRIMER RAYO

Fué la denuncia del delito de prevaricación contra el Gobierno, formulada por el Teniente Coronel Sr. Macías del Real.

La polvareda armada provocó tales cóleras en unos, y tales admiraciones en otros por el acto de jugarse carrera y libertad en pro del interés público, cosa hermosa siempre aun tratándose de un obcecado, que nadie ha podido formular aún juicios definitivos.

El fondo de la cuestión *está intacto;* pero Macías yace en la cárcel, tres veces procesado, y expulsado de su Cuerpo por un Tribunal de honor.

El rayo ha matado por de pronto á Macías.

MOROTE

Parece el juego de los despropósitos; cada descalabro

© Biblioteca Nacional de España

de Maura cuesta el acta á un republicano, que se vuelve loco.

Ayer Azcárate con la manifestación; hoy Morote con la escuadra.

Ninguno de nosotros sabía que el simpático Morote entendiese una letra de cuestiones de Marina, exceptuadas esas ideas de cultura general que en hombre tan estudioso tenían que ser mayores. Repentinamente nos sorprende, con indignación de los republicanos, poniendo cátedra y fallando el pleito ¡en favor de Maura!

Todo ello con leer el expediente en tres noches. ¡Y seguirán diciendo que la ingeniería naval es la más abstrusa, y no se domina en veinte años!

Claro es que el voto de Morote, con ser honradísimo, no es voto de calidad para nadie. No salva al Gobierno, no convence á la opinión, y sólo ha servido para convertirle en la segunda víctima del rayo.

La indignación de los republicanos le ha hecho renunciar al acta y á su puesto en la prensa. Acto inútil, acto innecesario, deja intacta la cuestión sin autoridad, sin competencia, ¿quién pudo obligarle al suicidio, á una... perdone Morote la vulgaridad... á una tontería?

Las tonterías en política dan origen á muchas injusticias: á que se hable de traiciones, á perjudicar grandes intereses de partido y de colectividad periodística, ligadas con el que las comete.

¿Es que ha de sacrificarse todo á los intereses de partido?... claman hipócritamente los conservadores que vienen sacrificando todo á algo más pequeño, á la obcecación de un Jefe *puesto á prueba*. En primer lugar, si Morote fuese un técnico, el sacrificio de la verdad sería hasta criminal. Pero hablando ó callando en lo que no entiede, su opinión pesa menos que una paja.

El jesuítico *Universo* le aplaude: los conservadores

© Biblioteca Nacional de España

intentan en su honor un frustado banquete; en cambio sus amigos de toda la vida, los que le querían bien, guardan tristísimo silencio.

UNA LECCIÓN DE MORAL

Eso han sido las recientes elecciones municipales.

El cuerpo electoral concede el triunfo á los republicanos, no ciertamente por odio al régimen imperante, sino á la conducta del Gobierno, descarnadamente reprobada por Sol y Ortega, Sánchez Toca y Urzaiz.

Derrota á los gremios de salchicheros, vaqueros y panaderos que presentan candidatos temiendo que vayan al Ayuntamiento á perpetuar los inveterados abusos de que se les acusa constantemente.

Rechaza á los *profesionales* de las concejalías.

Y si algunos candidatos de la defensa social se salvan es por su gran prestigio personal.

El Gobierno, derrotado, merece fuertes censuras. ¿Cuando un gobierno de opinión no presenta candidatos en la lucha electoral? Es confesar de antemano la derrota, es declarar que sólo vive del jugo de la Corona, es contraer la más tremenda de las responsabilidades.

Cierto que aquellas manifestaciones de centenares de miles de españoles, agravadas con las imponentes meriendas ciudadanas, tenían que cristalizarse en las elecciones, evidenciando que no se trataba de *cuatro golfos* como dijo el Gobierno; en cambio este que inchó su contramanifestación al conseguir sólo *cuatro* concejales, evidencia que la tal contra-manifestación la realizaron *cuatro gatos*.

El voto obligatorio y el sufragio concedido á los mi-

© Biblioteca Nacional de España

litares, hizo soñar al Gobierno con memorables triunfos. Ya sabe ahora lo que piensan militares y neutros.

Maura y Cambó han sido condenados conjuntamente.

¡Tremendas lecciones morales!

¿Seguirá gobernando el ilustre consejero de «la hidráulica» contra las repetidas repulsas de la opinión? Podrá, pero por poco tiempo y á costa de más altos prestigios.

Será dar significado republicano y revolucionario á lo que hasta ahora sólo implica la condenación del Gobierno conservador. Claro es que los votos del país señalan imperativamente una orientación radicalmente liberal. Tanto vale desobedecerla como querer detener la corriente del mar, y esta es empresa superior á las más altas voluntades de los que imperen sobre los capitanes de las embarcaciones políticas.

Atemperarse á la opinión antes de que se encrespe es salvar la paz, las instituciones todavía provechosas al país y el progreso evolutivo.

LOS LIBERALES

Comprendemos con esta denominación á liberales y demócratas monárquicos. La opinión, quizás injustamente, ha sido también dura con ellos en este período. Ese sacrificio constante que vienen haciendo de todas las gallardías fáciles, con el fin de contrarrestar en favor de la Monarquía las vesánicas imprudencias mauristas, no ha sido apreciado por la generalidad.

A un partido con tan hondas raíces y simpatías, le ha dado Madrid una viva prueba de desagrado, otorgando sólo el triunfo á dos de sus candidatos.

Y es que desde diciembre viene exclusivamente consagrado á curar las heridas de Maura.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando el incidente antipatriótico de Macías, en el momento más peligroso del proyecto de Administración local, una apóstrofe de Moret hubiese acabado con el Gobierno y con el proyecto. Moret no sólo se contuvo sino que salvó el engendro solidario.

Cuando el debate del Canal, que pulverizó al Gobierno en el Senado, Moret evitó su mortal reproducción en el Congreso.

Cuando las formidables manifestaciones Moret se abstuvo y logró la abstención de los demócratas.

Cuando el debate sobre la denuncia de Macías, Moret votó á favor del Gobierno, aunque salvando el juicio sobre el fondo de la cuestión.

Cuando la última cadetada de Maura recurriendo á la sesión permanente para obsequiar á Comillas con diez millones durante veinte años, Moret salvó la dificultad preñada de nuevos rayos.

Nada de esto le agradecerá Maura, Moret lo debe saber; pero inspira su conducta en móviles más altos.

Canalejas, con ser más ardoroso, sacrificando tal vez convicciones propias y popularidad, ha secundado á Moret, con quien viene unido, lealísimamente. Predicó ciega disciplina, y da ejemplo personal.

Y aunque los impacientes se encolericen y se pierda en apariencia popularidad, y el cuerpo electoral haya patentizado su disgusto, Moret quiere sentar con su conducta los sólidos cimientos de la autoridad y el prestigio futuros. Maura no podrá apelar á sus procedimientos de siempre, ni invocar funestos precedentes. La nota aguda del programa de Zaragoza exige como contrapeso un exagerado gubernamentalismo.

Sólo hay que desear que el partido liberal esté siempre en guardia, y lo está, que evite en el Parlamento daños irreparables, y los evita, para que olvidando los intereses del momento, venga solicitado por todos. Y, en efecto, ¿hubo jamás ansia tan grande por el triunfo

© Biblioteca Nacional de España

liberal? ¿Habló alguna vez la opinión tan reiterada y espontáneamente en pro del liberalismo, sin necesidad de que se dieran notas agudas en las Cortes? ¿Necesita el partido conservador que se le mate, cuando está muriendo por falta de aire? Y quizás, de enconarse la campaña contra el clericalismo ó el solidarismo, en vez de desaparecer por falta de ambiente, hubiesen encontrado calor en la lucha, los unos en los católicos, los otros en la masa catalana. Las fiebres morbosas nunca se han combatido irritándolas.

El único peligro de estos procedimientos apacibles es el desarrollo del republicanismo; pero en manos de los altos poderes está evitarlo, abreviando el triunfo liberal. La comunidad gobernante tiene que desaparecer para siempre, á fin de que los conservadores trasformados vengan después de la implantación de todas las reformas democráticas.

Y entre tanto nada de impaciencias; más que gobernando materialmente sin ideales, se hace con la propaganda escrita y oral fuera del Gobierno; así lo ha evidenciado Canalejas haciendo evolucionar radicalmente el pensamiento nacional en los últimos diez años.

Cobren los neos (que es lo de menos) y sigamos trasformando las ideas (que es lo de más).

MENUDENCIAS

La obra parlamentaria sigue siendo el cuento de la buena pipa; Administración local en el Senado, subvención á Comillas en el Congreso, los dos *enterradores* de Maura; bien quisiera suprimirlos, pero no puede sin anularse. Es el cáncer que, si se se opera, mata en el acto, y si se deja, mata más tarde. ¿Cómo salvarse del mal? ¡No contrayéndolo!

© Biblioteca Nacional de España

Tuvo en su mano no plantear esos problemas, ó plantearlos con el concurso de todos los partidos. Su orgullo *primitivo* eligió el peor camino, el de plantearlos sólo. ¡Yo satánico! Se *ha* suicidado.

El Ministro de Hacienda ha leido Presupuestos y proyectos *suyos*, que han causado en general buen efecto. No tienen más que un enemigo mortal; Maura. Es una nueva dosis de *Villaverdismo* que se le ha atragantado, que se le hace intolerable. Por allí vendrá la crisis definitiva y la división del partido gobernante. A un lado los conservadores de siempre, al otro los intrusos desertores del partido liberal.

⁂

La convocatoria de elecciones en Villanueva de los Infantes evidenció una nueva *polacada*. Acordada para una fecha, por no tener en ella las condiciones el favorito ministerial, se transfirió con sin igual frescura para otra fecha que convenía. Y esto puso de nuevo sobre el tapete la composición de la actual mayoría de favoritos; á Maura con grupo del hijo, dos yernos, dos sobrinos y el secretario particular; á Cierva con su hermano, su cuñado y sus familiares; á Pidal con su acta la de dos hijos y la de dos cuñados y sobrinos; á Sánchez Guerra con su cuñado y sus *amigos* del acta de Cabra; á Sánchez Toca con su hijo, su yerno etcétera, etc.

¡La familia sobre todo! Pero que no sigan hablando del ilustre Sagasta.

⁂

La discusión de la reforma del Reglamento del Congreso produce tristeza en las filas liberales. Causa mal efecto ver á Canalejas y Moret, en el banco de la Co-

© Biblioteca Nacional de España

misión, detrás de Maura. Y la solución de llevar las actas al Tribunal Supremo, después del deplorable ensayo de llevar allá las reclamaciones sobre nombramientos de Jueces Municipales; no convence á nadie. Y menos aún la solución para los suplicatorios, que acabará con la indispensable inmunidad parlamentaria.

¡Siempre la astucia en un lado, siempre la candidez en otro!

EN HINOJOSA DEL DUQUE

El primer pecado mortal del Gobierno maurista fué el de las elecciones para Diputados. Dos años después las elecciones municipales han suministrado la prueba de aquella inmensa falsificación.

Hoy, sin el interés ilícito de fabricar á toda costa una mayoría, el Gobierno ha dejado hablar al cuerpo electoral, y este se ha manifestado en más de doscientos distritos en favor de los *derrotados* de entonces. Solo por este motivo debieran disolverse las actuales Cortes, que ya se ha probado que no representan la voluntad del país.

Y no quiero hablar de memoria; hablaré del distrito que he representado varias veces y en que se me *derrotó*, según los ministeriales de la Comisión de actas.

Sólo hubo elección en cinco de los 17 pueblos del distrito luchando los demócratas y sus aliados contra los conservadores de nuevo cuño.

¿El resultado?

	Gómez de la Serna.	**Ministeriales.**
Viso.	Todos los puestos.	Ninguno.
Espiel.	Todos.	Ninguno.
Valsequillo.	Todos.	Ninguno.
Belalcázar.	Todos.	Ninguno.
Peñarroya.	Cuatro.	Uno.

© Biblioteca Nacional de España

Total: de 30 vacantes sacadas á elección, 28 Gómez de la Serna, un sánchez-guerrista, y un barrosista.

¿De quién es el distrito?

De los 12 pueblos restantes en 3 se suprimió la elección rechazando ilegalmente todas las propuestas de los amigos de Gómez de la Serna que ya han pedido la nulidad de lo hecho; en 5 sigue conservando mayoría y en 4, de común acuerdo, se da siempre leve mayoría al ministerial.

Y aprovecho la ocasión (perdónenme los lectores por una vez este abusivo desahogo personal) para decir que jamás me retiraré del distrito de Hinojosa mientras tenga su confianza, porque propondría villanamente á intereses mezquinos, mi gratitud y mis grandes deberes.

© Biblioteca Nacional de España

Arte.

MARCO

POR TRISTÁN

Al recordar á *Marco*, me parece recordar el sol, y los colores bajo el sol y la tierra y sus habitantes calcinados.

Solo obrando con toda valentía, cruzándose audazmente con sus dificultades, combatiendo su *clava* con el esfuerzo de otra *clava* pareja, se puede conseguir ese rendimiento que el sabe prodigar.

¡Tiene su paleta, en rehenes, al sol! ¡Mitológica heroicidad!

La impresión de las cosas de Marco, es fascinante, encendida, incandescente, y hace necesario cerrar los ojos para reponerse, no por el deseo de abandonar la *diapositiva* ocular que reteníamos de sus cosas, sino porque hay que ver muchas otras.

Marco es un muchacho muy joven, galanteador á la manera viva fulminante de Sanchíz de la naturaleza, y más que nada de la naturaleza de su patria chica.

Su mano concibe con un aplomo y una serenidad insuperables. Desde luego no es de esas manos mercurizadas de artista, tan profusas hoy, que parecen necesitar *Archena* para extirpar con su mercurio su tem-

© Biblioteca Nacional de España

blor. En sus lineaciones hay un equilibrio pródigo y una gran diafanidad. Sus coloridos, todos, estan destilados.

Es un escogido. Da la sensación por lo decorativo que es de lo que en la naturaleza impresiona por aristocracia, por elegancia, ó por alguna autonomasia precita.

Ve intuitivamente, como se ven casi todas las cosas y casi todos los paisajes, no á lo largo de muchas horas, en un estudio porfiado, menestral, de lo pequeño y de lo superfluo, sino á lo largo de una media hora. Por eso percibimos en el,—despejados y no jaquecosos como en tantos otros casos—la impresión sin desmigajar del asunto, en un golpe de vista frivolo, es decir ni recargado, ni plateresco, ni rococo, ni falto de expontaneidad, sino gracil, leve, íntegro sin sobra viciosa de integridad.

La pintura de *Marco* ha adivinado más que nada el temperamento humano, su psicología, su extética, su dandysmo, y su arbitrariedad y así ha podido ver tan bien la realidad de las cosas.

Sin esta correlación estrecha del paisaje y el hombre, no hay arte entusiasta, *impresionado* además de impresionante. Así el paisaje de Marco es un paisaje originalizado, inédito para todos los que no sean él.

En el paisaje y en las figuras, hay cosas que se quedan fuera de la visión, del ser, cosas, que no dan carácter al conjunto, en ese momento arbitrario de la anunciación. Cosas que sobrecargan y estorban y ensucian la obra de arte. *Marco* ha llegado á saberlas arrumbar, consiguiendo una sencillez, que es el triunfo en definitiva. Una sencillez difícil, que es tan hipotética como la de encontrar el secreto de la *buena*, en un juego de azahar ó de envite.

Las figuras por muy humildes que sean, más diré por muy menesterosas y villanas, pueden tener una

© Biblioteca Nacional de España

figura y un continente heróico que los sobrepuje si es un pincel decorativo el que los emplaza en tal ó cual situación de luz, de color y de masas.

Arte aristócrata y sabio es este que selecciona y dictamina en tesitura de Señor ante la naturaleza. Sus oficiantes deben reir desencajandose de los que no saben más que ver, sin tener el don de fijar su silla de tijera en lo mejor del paraje, y no saben rebelarse ante la imposición de las formas *imponiendoselas* á ellas, ni saben tampoco hacer injertos.

El arte decorativo, siendo un arte artificial no puede ser más natural, por que el *quid* de una naturalidad ó un artificio. su ápice es llegar á saciarnos. Esa es la unidad de medida al justipreciar las obras de arte y por ende al justipreciar las de *Marco*.

Desde las ilustraciones al libro de Chavarri, «Cuentos Lirics» pasando por su última exposición hasta los dos *panneaus* que ilustran una conocida casa de muebles madrileña, todas las cosas de Marco han sido acontecimientos para nosotros á los que nada importan las caidas de los gobiernos, ni las elecciones.

(Tanto no nos preocupan, que nos ha indignado lo del voto obligatorio, por como hará claudicar nuestra despreocupación de hombres de excepción el día mañana cuando seamos mayores de edad).

Interpreta tan bien la elegancia rústica de su tierra como la elegancia de una mujer *chic* á la que alquitaradamente, entalla y escorza, entre todas las apostura-ras, entre el billón, en la más agraciada y la más garrida.

(Por eso he dicho que he acertado con algo así—entiendanme bien los faltos de entendederas—como con el secreto imposible y arduo de un juego de azahar).

Si con todas estas cualidades Marco no triunfa, es que en el porvenir no hay triunfo digno de él, pero no porque deje de merecerlo.

© Biblioteca Nacional de España

Movimiento intelectual.

EL FUTURISMO

Hoy esta sección se va á ver colmada única y aventajadamente por unas divagaciones sanguíneas, altisonantes sobre el Futurismo.

El Futurismo no es cosa digna de menos boato. ¡Vivan las proclamas!

Las proclamas deben existir y reproducirse y perdurar. Deben ser el último acto de la tierra, el signo decisivo y extremo de su extinción. Las proclamas y no la proclama. La proclama debe ser efímera. Su influjo sólo de momento, de pasada, de desbarajuste, no de un desbarajuste que se haga sedentario, estacionario, escolástico. No, porque entonces nacerán en él las yerbas malignas de siempre, y al verle resuelto al fin, en una conclusión inerte, harán en él su asiento los filisteos y se estudiará su constitución para hacer nacer en ella subrepticiamente los mismos dogmas de siempre, conformados pero no sustanciados de otra manera.

Por muy sinuosamente que cristalice una capital, siempre las compañías de tracción, en vista del negocio, montarán sus servicios de siempre. La única manera de despistarles es desbarajustando periódicamente esas sinuosidades enviciadas.

No dejéis reposar mucho tiempo lo hecho, no queráis hacerlo definitivo. Caso de que mereciera ser lo definivo romperlo intermitentemente para volverlo á

© Biblioteca Nacional de España

crear. Pero romperlo, revolucionarlo, removerlo, para que no se vicie. Aunque haya sido recia, profunda la huella del arado matando las plantas parasitarias, al cabo de algún tiempo es necesario volver á hundir el rejón agresivamente en la tierra porque habrán vuelto á crecer.

En vuestras cosas más rebeldes, mas involucrables, hay un principio de corrupción, y ellas sin querer os harán claudicar y os adulterarán. Sed el movimiento contínuo. No os asentéis porque lo adiposo, lo craso, lo venal, irá tomando incremento y os ganará.

Por esto las proclamas son cosa capital y purgante. Forman un orden ascendente, de algo así como períodos geológicos, que se aventajan á medida que se renuevan. *Las proclamas* y no la proclama.

Las proclamas deben aparecer desgañitándose á voces, deben ser briosas, sobrepasar todas las alevosías y todos los exabruptos.

El *Futurismo* (¡¡Viva el Futurismo!!) es una de esas proclamas maravillosas, que enseñan arbitrariedad, denuedo, y que son la *garrocha* que necesitamos para saltar. Es una *garrocha* ideal hasta que aparezca otra mayor. Desconcierta, azara, intimida, y todo lo que sea desconcertar, azarar é intimidar á los hombres es ponerles en condiciones de no ser violables, y de concertar mejor y más fuerte y con más diafanidad.

Les desencarcela, les salva, les pega en las piernas como los sargentos á los bizoños, para saber cual es su firmeza. Sólo los *señoritos* se quejarán de ese manoplazo, eso nos les hará reconocer. Por como reaccionan conocemos á muchísima gente que nunca acciona á derechas y con franqueza.

Los hombres son demasiado linfáticos y tienden al conservadurismo. Conviene que las mismas repúblicas después de cierto tiempo se diluyan, se atomicen, porque en su poco tiempo de vida seguida, serena, ya no

© Biblioteca Nacional de España

serán todos la parte alicuota que debieran ser porque los otros habrán hecho sus presas y su cordel de esclavos, atados de una nueva manera subterranea para que no se vea.

Si la demagogía no tuviera puntos de brega, inteorizables, amovibles, inhaprensibles, se haría turnante.

Todos quieren hacer estables sus encantos, ir capitalizando su renta por avaricia, por inamovilidad, por eso se necesitan hombres subversivos, proclamas, arbitrarios movimientos sísmicos que chafen sus cosas estables: *porque sí*, con tamaña injusticia.

Zaratrusta hecho una ola se llevaba los juguetes de los virtuosos.

«Ahora lloran—decía él—pero la misma ola debe traerles nuevos juguetes y esparcir delante de ellos nuevas conchas de colores.»

Los hombres parecen siempre oradores en el uso de la palabra y nunca saben retirarse á tiempo, por eso les son á ellos mismos convenientes los espíritus llenos de impertinencia que les gritan y les desconciertan. Les hacen entrar en razón, volver á tenerla.

Con ese afán de orden, de conclusiones con cerradura inglesa, con ese afán de comodidad y cosas fáciles, si no hubiera habido dificultades, trasformaciones, el hombre no se hubiera hecho tan apto y tan acendrado, y sin cosas que sobrepasar en dura brega no se hubiera sobrepasado y hubiera sido un animal inferior.

Los más liberales de entre los hombres quieren estar siempre conformes con lo que se les dice dando á esa condescendencia una importancia suma. Cuando con eso sólo demuestran su intención subrepticia de que estén conformes con ellos. Nadie sostiene el criterio radical, aventajador, defensivo, de estar conforme con lo que les contradice. Y esto sería el gran armisticio con la insurrección y la arbitrariedad. Eso sí, el que tal haga ese magnífico beligerante, debe cuidar antes,

© Biblioteca Nacional de España

de medirse la estatura y el torax, para después de vivir en el nuevo medio, pasados los primeros momentos dificultosos y violentos, comprobar las medidas para comprobar el crecimiento. Alguna vez le nacería un ojo más en la frente.

De esa inadaptación de lo que se os dice con respecto á vosotros, no debéis deducir un retraimiento, pues en la vida, inadaptables han sido en principio los *medios*, á los que adaptados al fin debemos nuestra superioridad.

Convivamos con lo contradictorio, con lo absurdo, pero viajemos de aquí acullá no seamos estacionarios, porque entonces nos haremos sórdidos y cabos de vara.

Deseemos los puntos de partida y sepamos no llorar ante los terremotos. Un terremoto es cosa que hace más gloriosos á los hombres, les desunce, les pone en condiciones de triunfar, porque el triunfo que habían conseguido en su ciudad, (una ciudad sin inquietud, tirada á cordel, en la que todo estaba determinado, cronometizado y *dandoseles*, aunque dándoseles no se les diera, ni supieran que se les daba, por tenerlo de antemano, por no dejar de tenerlo, por estar concebido siempre en lo posible, en una posibilidad rasa, seca, sin originalidad y sin sorpresas), porque su triunfo—repito—siendo de ayer no era ya de ningún día tenía que ser de hoy, y de hoy hace un momento ó dentro de un momento.

Tenéis un desmedido amor al sosiego y el sosiego os recome, os va lamiendo, os apaga, os joroba y os mesa. En el sosiego, en el orden, en el *estato-quo* el hombre se va desmoronando, se alisa, se achata y de pronto ¡horror! se hace como todos, es decir, no es como nadie, no es nadie.

No seais nunca un Ródenas ni un Dorio de Gadex ni un Taxonera. Temed tener esa incertidumbre de los que se han quedado fuera del fracaso y del triunfo, sin estar

© Biblioteca Nacional de España

tampoco en el intermedio. Sed unos *grandes fracasados* antes que unos seres sin adjetivación aproximada, y sin última diferencia, no porque estén más allá ni sobre todas las adjetivaciones, sino por estar demasiado *acá*, un *acá* imprecisable porque está á la espalda, no vemos donde. De un hombre que ha dado en su vida un salto mortal, aunque se rompiera las piernas, esperaremos por fe en su encarnadura verle salir de la convalecencia, y lo esperaremos todo de él por fe en su prosapia, aunque después vuelva á dar otra vez el salto y vuelva á romperse las piernas. La predisposición á los saltos mortales, á lo largo ó á lo lejos, á lo alto, violentamente, desesperadamente, es una gran cualidad.

Por esto esos seres que no triunfarán en el más allá, ni se desnucarán en sus aledaños al caer del salto sobre las landas intermedias, no merecen una esperanza porque no tienen la predisposición á los saltos mortales.

Vale tanto como un gigante de piernas desmedidas—y esta es la moraleja de todo esto—un hombre con las piernas cortadas á bisel del tronco.

El que no vale nada es un hombre mediocre que ni se *rompió*, ni se sobrepasó

Este alfeñicamiento es el que viene á combatir, EL FUTURISMO, ansioso de hacer un limpión sobre la tierra.

El FUTURISMO es la acumulación de poderes, de rebeldías, que en «Poesía» esa encantadora ¡Oh no, encantadora no! ¿No es este un adjetivo debilitante, un adjetivo *bonito*? No, encantadora no, aguerrida, formidable revista «Poesía», ha encontrado una embocadura proporcionada por desproporcionada.

Todos se han asustado. En el teléfono de las sucursales de incendios, y en el de las prevenciones, se ha escuchado el mismo grito de ¡Socorro!

Los *redactorcillos* (*Mus Silvaticus*) de que está el mundo lleno, se han puesto, todo aquejados, á gritar contra el FUTURISMO.

© Biblioteca Nacional de España

Admirable. Muchas veces el valor de las cosas salta, más á la vista, se recorta mejor, por ser *ellos quien son* los que reaccionan.

Y no es extraño. Acostumbrado á la tierra, y á la tierra llana, las marejadas les descomponen y les revuelven. Están todavía sin curtir. Esto lo digo en una capital sin extensión, que tiene una gran profusión de tranvías para sus pequeños trayectos y hasta hay quien los coje para subir escarpaduras ridículas como la de la calle de la Montera. Coger ese tranvía hemos visto á *Martínez-Sierra* y á *Valle-Inclán.*

¡Cómo no van á resentirse al quererles hacer subir á ese punto, estratégico y altísimo desde el que habla Marinetti, al ver que no hay el tranvía de los 5 céntimos, ni otras facilidades!

Son estériles para tomar tamaña decisión.

En el FUTURISMO no hay materia á discutir, aunque sea lapidable pues ya es la injusticia tiene ante si todas las cosas contundentes, convincentes—(A fuer de como tienen adaptadas á los hombres)—de la veneranda Justicia.

El futurismo proclama la libertad sin dogmas, se refiere más al esfuerzo, al denuedo, á la entereza y por eso no merece que recelamos de el, como de todos esos partidos y esas soflamas liberales que son un *ritornello* de las tiranías, pues vienen precedidas de dogmas cerrados, que ruegan el silencio y la mediocridad.

¡Viva el FUTURISMO!

El solo hecho de que ante el mundo se haya dado un grito de esa clase es un hecho significativo y precursor.

—¡Ya estamos en danza ya nos ha llegado el turno! nos hemos dicho con toda efusión.

No mintió la carta.

Porque nosotros tenemos una carta olorosa á establo, á leona, á esfinge, una carta de feroz perfume y contexto, en que el porvenir ya casi nubil nos prome-

© Biblioteca Nacional de España

te yacer con nosotros, para crear ese hijo extraordinario, á que se siente propensa su matriz.

Ese yacimiento irá precedido de una reunión monstruo, en que todos los que le pretendamos, concurriremos con nuestro varal y entre todos, los que le vean florecido merecerán esa distinción. Hay que advertir que tiene infinitas virginidades y que serán dueños de ellas no los más santos como José, sino los más encendidos de sensualismos, los más demagogos, los más humanos.

Marinetti, una de las figuras más representativas de juventud, juventud moderna, internacionalista, suspicacísima ha sabido decir lo que en parajes más yermos y en ambientes más crasos, no hemos dicho nosotros.

Lo que el dice de la Victoria de Samotrhacia, lo habíamos dicho ya nosotros, no ante un automóvil, sino ante una maquinilla de afeitar.

Solo en dos cosas disentimos (ó no disentimos si es que se quiere hacer de esto un cargo contra *Marinetti*) en el uso de palabras artificiales, gruesas, poco orgánicas, poco mamíferas, como «poesía» «cantaremos» «poemas» y en su menosprecio de la mujer en la que están vinculados los valores supremos, cosa que quizá no se nota por lo muy *habillé* que va, por como la falsifica la vida y porque no sabe aun tenderse y ductilizarse con toda consciencia.

Fuera de esto—ó con esto—comprendido el manifiesto es una cosa varonil y enhiesta, que damos á los vientos como sementera.

© Biblioteca Nacional de España

LIBROS

El libro de la vida bohemia, *por Luis Antón del Olmet.*

Verdaderamente, leer un libro agradable en plena primavera, es dar á nuestra sangre una suave palpitación de abril. Los pliegos huelen á flor de acacia; las páginas se nos antojan ventanas, donde frescos labios de moza nos están hablando, y hay, ante nuestro ceño de glosadores, un momento decisivo en que la vida y la literatura se dan un estupendo apretón de manos.

En tarde de abril he leído *El libro de la vida bohemia* y siento comezones de decir, que esta primera obra de Antón del Olmet me parece admirable. Tiene, ante todo, lo más sabroso que puede requerírsele á un libro de vaga literatura: amenidad. Es, además, ligero, grácil, confidencial, oloroso y efusivo. Para que le falte poco y tenga traza de libro fraterno, pasa por él una sombra ténue, una cortinilla melancólica, un perfume de cansancio y desilusión, que es para los que estamos ya en el secreto, á lo que huelen las peripecias humanas.

Cuentos, crónicas, impresiones y confidencias, dividen á este bello libro en dos mitades; objetiva, la una; más íntima é inquieta la restante. Antón del Olmet las ha escrito, con su prosa ágil y gallarda, afectando cierta despreocupación, obstinado, según confesión propia, en aparecer más periodista que literato.

Á mí—ya lo he dicho otras veces—me enojan un poco las clasificaciones y delimitaciones. Yo no quiero analizar si Antón del Olmet es, en *El libro de la vida bohemia* más periodista que literato; lo único que me interesa es que este puñado de cuartillas estén bien escritas, y que yo, leyéndolas sienta, como he sentido, la inefable emoción de creer todavía en los libros.

© Biblioteca Nacional de España

Antón del Olmet, exponiendo sus temores á que alguien le llame pomposamente, literato, dice: «Soy periodista. No encuentro otra palabra. Escribo, pero escribo ligero, al azar, á la buena de Dios, mientras ruge la máquina en la imprenta y el regente alarga hacia la mesa de redacción su mano ávida.»

Perfectamente. ¿Que es periodista? Como guste, aunque figure en la redacción de *La Epoca*. Periodistas se llaman también los mozancones que venden diarios por las calles, sin que nadie haya protestado. «El nombre no hace á la cosa»—dicen más allá de Puig y Cadafald. Yo admiro á todos los periodistas; á los que venden *Lo corres*, á los que inflan telegramas y á los que escriben cuentos como *Pizquita*, *El chato y el chivo*, *Los desocupados y La despedida de Don Quijote*.

Estos cuatro cuentos que he mencionado, me dan derecho á suponer que Antón del Olmet ha de triunfar rotundamente. Tienen la gracia y la crueldad, dentro de una manera concisa, difícilmente conquistable, que hemos adorado en el inevitable, siempre necesitado, Guy de Maupassant. Y este presentimiento lleva cierto optimismo á nuestra pluma, por que la novela—que ya va cansando un poco—hace añorar ese género literario, en el que tanta y tan justa significación va alcanzando Rafael de Leyda, y al que debemos páginas exquisitas de la Pardo Bazán, Palacio, Valdés y *Clarín*.

Antón del Olmet es joven, robusto y ruidosamente, meridionalme optimista. Bajo el dulce sol de su mocedad, ha escrito divagaciones como *Mimí sonríe*. *Divina cursi*. *Un triunfador y un torero*, que merecen toda suerte de alabanzas. Su permanencia en Galicia ha afinado y pulido cierta zumbonería elegante que pone en nuestros labios una sonrisa llena de todas las tolerancias. Y este es el mayor mérito que yo alabo en Antón del Olmet: una exquisita sutileza para descubrir «gestos humanos» y una admirable ironía para reves-

© Biblioteca Nacional de España

tirlos. Así correremos por ese camino que nos lleva, con Anatole France y Eça de Queiroz á ver la vida como un espectáculo dolorosamente divertido.

El libro de la vida bohemia, rotula definitivamente á Antón del Olmet. Yo no le coloco en este primer término ó en esta discreta lejanía; le coloco muy cerca de mi juventud, donde quiera que esta juventud mía se encuentre. Y como le he leído en plena primavera y á crepúsculo sombroso, pero amansado de abril me ha parecido, quiero elogiarle cumplidamente, con palabras breves y sinceras; pensando que Antón del Olmet lleva la sonrisa sana de su arte, alta y ondeadora como un avión. Nuestra Señora de la Emoción se lo pague.

*

La ciudad muerta, *por Gabriel D'Annuncio.*— Traducción de Ricardo Baeza.

La sugestión de D'Annuncio es de las que desmayan al espíritu en uno de esos *¡Ay! ¡Me muero!* que nosotros hemos oído bien y sabemos á quién en momentos decisivos de afrodisia y de epilepsia.

Como esto es lo que una gran mayoría de lectores desea acertemos que en el sentido artístico es la obra capital y encopetada.

La ciudad muerta es una obra hecha con ese reposo de la pluma que no decide constantemente ni hace cosas agresivas, gallardas, cortadas á pico, á cercén por puntos apartes que las vigorizan, cosas prietas, porque cosas que no se enerven en la largura de un párrafo veleidoso á mi redicho, sino que está hecho por el contrario con el reposo mórbido del poeta que armoniza la frase con ese mandragorismo índico que los domadores de serpientes usan para derrotar su vigor injusto y bello.

© Biblioteca Nacional de España

Sin embargo, es de agradecer ese vahído encantador y enervante aunque sea nocivo, porque hay quien hace de él su pan cuotidiano.

Ante D'Annuncio yo diré que puede ser la inspiración de una hora, más no de todas las horas como quieren los dannuncianos.

Pero ante esta traducción nos sucede lo que ante la otra que hizo de él Ricardo Baeza; de la obra no queda nada que decir, se publicó ya hace tiempo y en ella hemos librado y de ella hemos hecho un comentario aparte que respecto á la traducción sería anacrónico anotar.

Ricardo Baeza, el traductor de esta obra de D'Annuncio, es quien merece toda fijeza en este caso; no fiduciariamente sino en primer término. ¿Por qué con sus condiciones ha invertido su tiempo en corregir *pruebas* de otro y no las suyas? ¿Demostrándosenos tan acabado en la traducción, viéndose en ella sus vestigios y pudiéndose si quiere entre lo dannunciano de la obra los trozos personales, inequívocos de una juventud extraordinaria, como es que se aviene á verse así suplantado por el que traduce, pudiendo suplantarle airosamente?

No lo sabemos, pero es cosa que él tarde ó temprano dilucidará. Elabora en silencio, dándose así en el interregno, escondidamente, lo que hay derecho á esperar de él.

*

Poesía humana, *por Xavier de Carvalho.*

En el dulce portugués, predilecto engarce de la poesía, mullido, mórbido, sutil, el poeta Xavier de Carvalho ha hecho más notables en un nuevo aspecto las proezas de París, sus cosas de *Montmartre*, del

© Biblioteca Nacional de España

boulevard y de los pequeños interiores del *hotel* en que suceden tantas cosas vagorosas. Junto á estas cosas un poco objetivas, evocadoras y pinturales, hay suspicacias íntimas, rasgos originales, provinientes de su *Ville Lumier* interior, sinuosa á veces, á veces recta, jovial, como una Avenida de L'Opera, otras melancólica, adusta, elegiaca, como un recoveo de arrabal, y otras artísticas ya á la manera de los ideales y espigadas agujas de *Notre Dame* ó el Coleoni del Verrochio.

De ese pensamiento nuevo que resbala sobre la vida y que en los mares ha promovido corrientes nuevas y en la atmósfera nuevos vientos, de ese pensamiento moderno hay en Carvalho un reflector extraordinnaio y conspicuo que merece un aplauso.

*

La decadencia. Los emigrantes, *por A. de Hoyos y Vinent.*

Antonio de Hoyos, el *fashionable*, tan atento á la vida de su alrredor, predispuesto á la fijeza por su monóculo, enhiesto siempre, Señor, con una tarjeta que es una llave que le franquea sitios no observables para los otros ha escrito una obra documentada con grandes y suntuosos inmuebles, mujeres bien vestidas y blasonadas y bien *chics*.

Es una obra exótica, en la que los sátiros y las ninfas de la viñeta, vestidos por los mejores sastres, campean en un historial mundano lleno de hipocresías de claudicaciones y de perversidades que ellos desnudos y primitivos no sabían y sólo al cabo de veinte siglos han llegado á adivinar.

Todo ello sucede en París y en los rincones más pe-

© Biblioteca Nacional de España

ligrosos y de ese *pandemonium* se engarabita á veces el drama.

Muchas veces para seguir los acontecimientos de página á página tenemos que pasar el Sena y nos asomamos á el fascinados por su negro vagoroso.

El preámbulo de este libro la tragicomedia para fantasmas está trazado sombriamente.

A veces al bufón se le ocurre alguna genialidad. «Los hombres viven una hora de heroes y todas las demás de su vida, de cobardías y abdicaciones las emplean para hacerse perdonar la hora heróica».

Todo es demasiado trágico y hasta cuando todos rien, en una fiesta monstruosa es elegiaca la risa y la fiesta, pues vemos que las *ojeras de verdad* se les profundizan, que aquellas vidas se citan *cortando* y en sus ojos está mellada la bondad, la serenidad y la inocencia—esta inocencia á posteriori de los suspicaces—toda la novela sobre todo tiene una gran amenidad y es sorprendente á cada nueva página que se vuelve.

Desnuda á mujeres distinguidas que conocíamos en la hora del *té* en *pose* de herméticas sin pensar que tuvieran un interior de prostitutas.

*

Canciones de la Soledad, *por Julio Bernacer.*

Este muchacho joven al que Rueda en la primera página unge tiene en si quizás sin originalizar todavía lo bastante, un espíritu de poeta moderno muy amigo de las cosas de su tiempo y que dañado por la melancolía del momento, la novia ideal, buena, sencilla, sin *trousseau* y sin rentas. Esta bondad de alma de los poetas que el comparte, esta demasía de nostalgías, todo esto es lo que nos ha hecho encariñarnos con sus poesías y aplaudirlas.

© Biblioteca Nacional de España

PROMETEO

REVISTA MENSUAL
SOCIAL Y LITERARIA

DIRECTOR: JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

Redacción y Administración:
Puebla, 11, primero derecha.

HORAS: DE 11 Á 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año..... 12 pesetas.
Seis meses..... 6 —

EXTRANJERO

Un año..... 15 francos.
Seis meses..... 8 —

NÚMERO SUELTO: UNA PESETA

TARIFAS DE ANUNCIOS EN LA ADMINISTRACIÓN

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España